NOCHE
DE
TASO

FACULTAD DE FILOSOFIA
BIBLIOTECA
ALICANTE

Russell P. Sebold
DONACIÓN

DRPS
FA
286

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria
0500763298

NOCHI

DE

TASO

EMMA

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0286
0500763298

NOCHES
DE
Torcuato Taso.

Autor: Giuseppe Compagnoni (1754-1834), eclesiástico, político y literato italiano

Les Veillées du Tasse, manuscrit inédit, mis au jour par Compagnoni et traduit de l'italien par J.-F. Mimant. Paris, Marsden, an VIII (Veglie di Torquato Tasso)

IMPRENTA DE A. BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, N.° 2.
1839.

S. Ribo fº P. Alabern gº

TORCUATO TASO.

Noches

DE

TORCUATO TASO.

Traduccion libre del orijinal italiano,

POR

D. M. C. y D. J. R. y C.

SEGUNDA EDICION.

BARCELONA.

LIBRERIA DE SERAFIN VEGUER, CALLE ANCHA,

Nº. 69.

Advertencia del editor.

La literatura actual y el recuerdo, siempre interesante, del jenio grande de los siglos medios reclamaban una segunda edicion de estas *Noches del Taso*, cuya primera edicion en 1832 fué agotada en pocos dias. Interésanse además en esta publicacion un nombre respetable y amado de los jóvenes literatos, una deuda de amistad y un tributo del mas puro reconocimiento.

Cuando salió al público esta traduccion por la primera vez, Cataluña y España gozaban aun de la preciosa existencia de D. Manuel de Cabanyes, el cual tuvo en aquella no pequeña parte. Entónces su modestia no me permitió anunciar al público, ni aun por medio de los periódicos, que mi jóven amigo habia traducido la mitad de las *Noches* que se publicaban, y se prefirió el anónimo. Mas en el dia en que me es tan cara su memoria, y en que la fama de su jenio se ha engrandecido con publicaciones posteriores, mientras que circunstancias mas favorables permitan

la edicion póstuma de sus obras, ¿no me será lícito, para recomendar aquellas al público intelijente, revelar el nombre del que se dignó asociarme á su traduccion?

Tal vez por el lenguaje, ya que no por el estilo, conocerá el ojo lince las que trazó su pluma, rápida como su jenio y ardiente como su corazon. Nadie mejor que Cabanyes podia revestirse de la situacion del héroe poeta: ninguna alma como la suya podia ponerse en su lugar. Léanse sus *preludios*, y se percibirá el suave sabor de una melancolía deleitosa como en los cantos de aquel vate inmortal; se advertirá que sus dos arpas estaban muy acordes en los suspiros del dolor.

Bástame esta indicacion, y si se llegase á notar esta diferencia, sabria hallar un placer en el sacrificio de mi amor propio por la gloria y la superioridad de mi malogrado amigo. Hasta el valor parcial que pueda tener mi traduccion es tambien gloria suya. Era imposible á su lado no participar de su entusiasmo... ¡ah! él sabia comunicar su jenio con su amistad.

NOTICIAS

SOBRE LAS NOCHES.

Estas *Noches*, conocidas ya en Paris el año VIII de la república, volvieron en el 30 á la Italia de donde habian salido. De ellas hicieron repetidos elojios varios periódicos estranjeros, y sobre todo el *Mercurio de Italia*, del año 1796. Para su intelijencia darémos una sucinta idea de los principales acontecimientos de la vida del poeta.

Torcuato Taso nació en Bérgamo, en 1544. Dedicóse á la filosofía, teolojía, y al derecho civil y canónico; pero daba la preferencia á la poesía. Compuso el poema de *Reynaldo*, y lo dedicó al cardenal de Este. No admiró tanto á Ariosto como á Camoéns.

El cardenal de Este le hizo pasar á Ferrara. Llevósele despues consigo á Francia, en donde fué distinguido por Cárlos IX.

A su vuelta de Francia, en 1575 concluyó su

Aminta, y la dedicó á Alfonso II, su principal protector.

Rodeado de envidiosos y detractores, y encargado por el duque de Ferrara de continuar la historia de la casa de Este, no pudo, como hubiera querido, correjir su poema de la *Jerusalen*. Entónces se enamoró ciegamente de la hermana del duque. Parece que confió el secreto á un imprudente amigo; fué perseguido, y el duque tomó de aquí pretesto para encerrarlo, finjiendo que lo hacia con el fin de librarle de sus enemigos. Unos juzgan que la amada del Taso era la condesa de Scandiano, otros una dama de honor, bajo el nombre de *Leonora*. Pero es mas verosímil que fuese la hermana del duque.

Este amor redujo al Taso á un estado de debilidad mental.

Fué despues protejido por el duque de Saboya; pero temiendo aun al duque de Ferrara, y desconfiando de su nuevo protector, partió á Roma como al asilo mas seguro.

Allí fué muy bien acojido por el cardenal Albani. Pero su espíritu inquieto le hizo partir á Sorrento para ver su pais natal y á su hermana.

Tampoco estuvo bien en Sorrento. Ajitado por la gloria y por el amor, quiso volver á Ferrara. En vano le quiso detener Alfonso en tan imprudente paso. El duque le hizo buen recibo. Pasó despues al Piamonte. Fué bien recibido de Felipe de Este y de su esposa María de Saboya. Albani le escribió francamente, reconviniéndole por sus inconsecuencias. Recobró entónces la entereza de su entendimiento. Volvió á Ferrara

como simple particular para copiar sus manuscritos. Recibido con poco agrado así por el príncipe como por los cortesanos, Alfonso quiso atribuir á locura su noble desesperacion, y le encerró como loco en el hospital de Santa Ana.

Tan indecoroso tratamiento, su imajinacion y su amor acabaron de exaltarle. Fué perseguido por la envidia que se tenia á la fama que le habia adquirido su *Jerusalen*.

Escribió el Taso su situacion á Gregorio XIII y al emperador Rodolfo. Todos los príncipes de Italia se interesaron por él. Vicente Gonzaga por fin logró librarle á vivas instancias de las manos del duque y se lo llevó á Mantua.

Mas el aire de Mantua le era nocivo. Solicitó pasar á Bérgamo, donde fué muy bien tratado de los suyos, y acabó la trajedia de Torrismondo, empezada en Ferrara.

Aburrido de las cortes, suspiraba por la independencia y tranquilidad. Cansóse de habitar en el Monte Oliveto, y volvió á Roma, en donde Sixto V, poco amigo de poetas, le honró sin embargo distinguidamente. El Taso celebró en verso la magnificencia de este Pontífice. Fuése á Toscana con el duque de Fiorenza, despues á Nápoles cerca de Mauso. Allí se puso á retocar y correjir su poema, valiéndose de todas las críticas que le habian salido.

Gregorio VIII habia subido al trono pontifical, y su sobrino, el cardenal de San Jorje, llamaba á Roma á todos los hombres de letras. No pudo el Taso resistirse á su invitacion, bien que con pena de dejar su vida retirada. Mas por ha-

bérse despues movido varias intrigas que amenazaban turbar la armonía de la familia papal, de lo que era el Taso causa involuntaria, tomó pretesto de marchar para sus negocios.

Temiendo el cardenal de San Jorje verse privado de la comunicacion con el Taso, propuso á su tio coronarle en el Capitolio, como se habia hecho tiempo atrás con el Petrarca. Hiciéronse grandes preparativos para tan augusta y rara solemnidad. Mas el lauro estaba muy cerca del sepulcro. El mal que iba minando su vida acabó con él en la vijilia de su fiesta, 23 de abril de 1595.

Tal fué la triste vida de uno de los mas bellos injenios de que la Italia y el mundo pueden gloriarse.

Noches

DE

TORCUATO TASO.

NOCHE PRIMERA

¡Ay de mí! ¡abrasándome estoy! ¿Qué fuego es este? No es ya aquel que me inspiró el canto de Reynaldo y de Godofredo. Aquel obraba sobre mi fantasía; este devora mi corazon.

Grande es mi quebranto. El aliento me falta para exprimirlo. Tan poderosa fuerza ha tomado sobre mí.

Torcuato, ¿te engañas por ventura? En medio de este doloroso padecer, brilla un oculto deleite que por nada del mundo trocarias. ¡Ah! ¡es el deleite del amor!

¡Ay de mí! ¿qué palabra he pronunciado? ¿Quién esplicará su sentido? Un tiempo hablé yo de amor, escribí aun de amor un tiempo. Todo lo es, menos lo que estoy ahora sintiendo.

¡*Erminia!* ¡*Clorinda!*.... Se dice que las mujeres son mas sensibles que nosotros. ¡Ah! Lo que yo siento es mas que todo lo que pueden sentir las mujeres todas. Ficcion fué (¡oh cuán lejana de la verdad!)

cuanto imajiné acerca de los amores de Clorinda y de Erminia. ¡El amor es muy diversa cosa!

Razon tengo. ¿Quién me la negará? ¿Quién? El que no conozca el objeto del eminente amor mio.

¡Oh tú, á quien no me atrevo todavía á nombrar! ¡oh! ¿cuándo será que sepas la inmensa hoguera que con tu mano has encendido en mi corazon? ¡Si estuvieses aquí! ¡ó si pudiese yo con poder igual á la voluntad ir libremente á encontrarte y libremente decirte el tormento dulcísimo en que peno!.. ¿Podré decírtelo algun dia?

¡Torcuato! no alimentes tan locas esperanzas.

NOCHE II.

Yo la he visto. ¡Ay! demasiadamente la he visto yo. ¡Aquellos largos y negros cabellos; aquellos negrísimos y grandes ojos suyos; aquellos labios deleitosos; aquellos dientes blanquísimos; aquella blanquísima garganta!

¡Insensato! Estas son las mínimas partes de su beldad. ¡Aquella luz suave y viva; aquel mirar plácido y clemente; aquella sonrisa anjelical!..

¿Y aquella voz suya, ó Torcuato? ¡Ay! todavía resuena en mi oido aquella voz. ¿Con qué palabras podria espresarla? ¿Hay acaso palabras para espresar su voz?

¿Mas qué necesidad tengo yo de espresar con palabras aquella voz suya? Fluctúa todavía en torno de mí: todavía la oigo, y el corazon mio la bebe toda y la paladea.

¿Oíste, Torcuato? Ella repetia los lamentables acentos de Erminia.

¡Ah! no: deja para mí tan lastimoso tema: ó si cantarlo quieres, recuerda que solamente refieres el dolor verdadero de tu poeta. Yo la advertiré...

¿Mas cómo? ¿Cuándo podré yo decirla.... una sola palabra? ¡Oh! ¡cuán triste lugar es la corte! Bien infelices deben de ser los mas grandes en ella, si no pueden escuchar las razones de aquellos que los aman. Los aduladores son escuchados; los hipócritas tienen libre acceso.

Lejos iré de la corte. Su aire contaminado emponzoña los corazones. Iré á los bosques. La vida sencilla y pastoral de los primitivos hombres debia de ser un fideicomiso para sus descendientes. ¡Norabuena! lo será para mí. Torcuato, partamos...

¡Desventurado! ¿la verás tú en los bosques? ¿Verás allá una huella sola estampada con sus piés? Me quedo.

¡Oh sola causa de estos arrebatos mios! ¡al menos los conocieses!....

NOCHE III.

He recorrido ya las largas sendas de los jardines. Mis ojos han medido cien veces la estension del orgulloso alcázar en donde tú moras. La esperanza me iba diciendo, como en voz baja, que á lo menos veria una de tus doncellas.

¡Oh! ¡por qué no tienen ellas mi corazon! Solo se hallaria bien en su pecho, ya que es mi destino servirte, ¡oh primero y ultimo objeto de todas mis ansias! En vano me ha lisonjeado una engañosa esperanza. Ni vestijio humano reparé en aquellas ventanas, tantas veces blanco de mis miradas.

¡Qué hacen pues estas doncellas encerradas en tu retrete! ¡Infelices! ¡Te privan tal vez respirar el aura suave de la mañana! ¡Odian la luz!

¡Ah! no! ¡Cuánto mas dulce es el aire que respiran á tu lado! quieren solas gozarle todo. Razon tienen. ¡Quién no ambicionará tan regalado ambiente!

¡Cuánto tiempo hace que suspiro por una pequeña parte de este don celestial! Un dia, un momento me bastó para perder la paz de mi corazon. ¡Mas como me ha faltado despues esta aura dulcísima para apagar la llama de mi amor!

¡Ah! ¡pudiesen llegar hasta tus oidos mis súplicas! Aura feliz, yo te la encomiendo. ¡Viento dichoso! Solo tú puedes penetrar hasta la altura de su morada. Mas no... tú no estás acostumbrada á tales mensajes, no sabrás sus dulces encargos, no serias pronta á responder á las nuevas que de mí te darian.

¡Torcuato! ¡con quién hablas! ¡Infeliz! Tu delirio llegó á su colmo. No haces mas que dar pábulo á tu tormento. Cantemos algo de Reynaldo. ¡Ah! ¡qué otra cosa puedes hacer en este lugar!

NOCHE IV.

Mi delirio ha llegado al estremo. He visto, sí, he visto á Eleonor... No pensaba yo que... Y bien, ¡señora! ¿me traeis alguna palabra de vida?

Me parecia que ella me llamaba diciéndome: Torcuato, tú eres el primer cantor del universo. Por ti será inmortal el nombre de nuestro amo y de cualquier otro á quien honres con tus poemas. ¡Oh tú, que distribuyes á tu gusto la gloria tan ansiada por los hombres! ¿quién podrá negarse á tus ruegos? No

hay rango, por alto que sea, á que no iguales.

Sí, Eleonor... Nacido Virjilio en una aldea sobre el Mincio, llegado miserable á Roma para reclamar un corto pedazo de tierra, vino á ser el amigo de Mecenas, y se sentó en la mesa de Augusto. Y sobre todo, Eleonor, Virjilio no se veia privado de ver á Licia, de hablar con Julia, y de recitar á entrambas sus versos.... ¡Ah! el corazon de nuestro amo es tan bueno como el de Augusto, y yo tampoco desmerezco la suerte del cantor de Eneas

Mas ¿qué digo? ¡desdichado de mí! ¡porqué tanto afan en inútiles discursos! Apenas ha puesto en mí los distraidos ojos. Apostara que ni aun ha reparado en mí. ¡Ah! en esas torres soberbias que encierran todo lo mas querido de mi alma, en estas torres, no, nadie se acuerda que yo exista.

¡Corazones de fiera! decidme al fin ¿qué es lo que mas vale? Todo el fantasma de vuestro poder puede desaparecer en un momento. Vuestras riquezas dependen de las manos que os lo dieron. Despojaos de cuanto debeis á los insensatos humanos; pueden estos volver en razon, y entónces quedariais nudos esqueletos dignos de lástima. El injenio se levanta sobre todo lo que existe, y no está sujeto á vicisitud alguna. Nada puede alterarle, ni la caprichosa fortuna, ni la violencia, ni la fuerza. Yo viviré inmortal en la memoria de los hombres. Vuestro nombre será bien presto aniquilado por el tiempo destructor de todo lo criado, si yo no lo sostengo, si no lo arrebato á su hoz devastadora.

¿Quién osará tildarme de orgulloso? ! Quién me tachará de temerario por haber elevado á un alto objeto la llama de mi corazon! Y no amaria un alma tan noble y pura... Yo.. siempre... Oh vil y corrompida edad, con que tú has de sujetarme á tus leyes... Pero no... es tan cándida el alma á cuyo imperio

me sujetó el amor, que no tiene tan bajos pensamientos. No... Si llega un dia á escucharme, me dirá sin duda: ¡Torcuato! en el pecho humano hay un afecto que iguala todas las condiciones, y eres por ti solo tan grande que no debes temer por un desecho. Una misma diadema corona los reyes y los poetas, y aun estos inmortalizan á los reyes.

NOCHE V.

Acércate, cortesano, dime con sinceridad, ¿sirves á tu señor movido por algun cebo ó esperanza de algun beneficio? Yo le sigo por un natural afecto de benevolencia. Alfonso es un sujeto, que, aun sin la opulencia y poder de príncipe, mereciera ser amado.... —¿Con que, tú le amas?—Yo sí.—Y ¿cómo haces para amarle?—Le presto todos mis servicios cuando los ha menester.—Bella persona eres. Pero yo hago mas. Le preparo un lugar inmutable al lado de los héroes en la inmortalidad.—Prepáralo primero á ti mismo.

Veo una notable diferencia, y es muy grande. Tú sigues á tu señor y le sirves, mas es porque esperas de él tu fortuna. Yo puedo dejar de admitirle á aquella que preparo para mí mismo. No me recompensa este beneficio; y todos sus estados juntos no pagarian mis cantos.

—Me parece que muy caro te sale este beneficio. ¿Y no quedas por él recompensado?

¡Ah malicioso palaciego! No debia haberte yo llamado. ¿Cómo puedes ser tú juez sobre mí? Vuélvete por el mismo camino. No perderé contigo mas palabras.

Ya se fué. Mi servicio es gratuito. No busco dignidad ni interés. ¿Y qué necesito yo? No mas que una cosa: lo que no cesa de recordarme á cada momento mi adolorido corazon, aquello solo sin lo que ya tiempo hace la vida sería para mí un fastidio y ya me hubiera yo abismado en los mas...

Tú sola me detienes, ó suave penar de mi alma, y por ti especialmente me es querido mi señor.

Mas el orgullo de los grandes desprecia este jénero de homenaje. ¡Triste de mí! ¡Si esto se me atribuyese á negocio de estado, á delito! ¡un delito! ¡el afecto mas puro, el sentimiento!

¿Creeis que se puede conseguir con las armas ó con el oro? No reconoceis acaso la necesidad..... Sois unos insensatos.

A todos dotó naturaleza de sentido y de una alma. Pero estos dones se alteran con las fementidas instituciones humanas, y solo se dan á conocer por la fuerza del entendimiento y del corazon.

¡Ah! ¡por qué nació ella en una edad tan corrompida? ¿porqué habrá de alimentarse de aguas tan impuras su inocente espíritu! Yo solo suplico al cielo un punto favorable para volver á verla y declararle...

¡Ah! ¡infeliz! Cuando llegue este instante, ya no será ella como yo me la figuro. Las grandezas y los aduladores habrán profanado la inocencia de su alma. Entónces amará, y ya no será digna de mi amor.

¡Justos cielos! ¡qué maligna furia me inspiró tan negra sospecha! ¿No es incorruptible su virtud? ¡Ah! llegar pueda el momento por qué suspiro!

NOCHE VI.

Los enemigos de mi gloria se han desencadenado

con furor contra mí. El Arno resuena con sus clamores y los va propagando por toda Italia. Saldré vencedor en la lucha, les haré estremecer. Conozco mi causa. Mi Jerusalen triunfará de la envidia y del tiempo.

Mas ¡ay de mí! otra pérdida mas sensible aterra mi alma. Mucho mas valdria mi corazon que todo el injenio y que todos los poemas. Es tan difícil en estos tiempos hallar un corazon semejante al mio, como escribir un poema digno de rivalizar con la Eneida.

¡Quién es capaz de apreciar un corazon como se merece! ¡Y hay quien aun lo insulta! ¡miserables tiempos! Pregúntese con arrogancia, de qué sirve este amor si no recae en un príncipe; y si un corazon tierno y amorosísimo aspira á ser amado de una mujer ilustre, los maliciosos cortesanos lo tienen por locura.

¡Ah! ¡Torcuato! ¿qué te resuelves hacer? No podrás por cierto humillarte á tal comparacion. Demasiados son los peligros que te rodean, y no puedes poner en riesgo tu propia causa dentro de ti mismo. Los hombres todos son feroces idólatras de aquella deidad, obra de su propio capricho.

Tambien para mí es adorable esta divinidad. Pero mi culto no es tan vil como el cortesano.

¡Oh Dios de los cielos! conviértemela de repente en una aldeana sencilla. Aquellos mismos que hoy me perderian porque la adoro, mañana la despreciaran con descaro, la desdeñaran, la dejaran en un total abandono.

Pero ella nada perderá en mi corazon por este cambio. Desde luego adquirirá á mis ojos un nuevo realce, porque lejos de todo escollo de corrupcion, podrá con mas libertad asegurarse en su virtud.

¡Ah! ¡cómo brillara entónces mas bella con los in-

jenuos atavíos de la pura naturaleza! A sus plantas despuntarian su capullo las flores de todas las estaciones, los limpios y cristalinos arroyos detendrian su curso para rodearla de sus pequeñas olas, ávidas de ser tocadas por su mano; las frescas auras de la primavera la rodearan para hacerle su apacible corte, las aves del prado la hablarian con sus cantos; las ovejas correrian á ella con inocentes balidos enamoradas de tan graciosa criatura. Los rústicos del lugar la respetaran, la amarian, la adoraran hasta estar celosos de ella. Repetido su nombre de boca en boca, llegara hasta la ciudad fastidiosa, y hasta la corte. Los cortesanos desmintirian entónces su insensato orgullo que ahora es su idolo, y ¡quién sabe si desde la cumbre de su opulencia y de su altivez el futuro magnate que mira como nada todo el resto del mundo se dignara ser amado de esta aldeana! Los falsos palaciegos aplaudirian luego esta eleccion y dirian... ¡qué no dirian para lisonjear la pasion de un grande los mentirosos cortesanos!

Mas en vano..... esta mujer es mia, es toda mia. No conoce el humo de la vanidad, jamás dejó embriagarse de él. No conoce mas que la rectitud del corazon, el candor de los afectos, la pureza del sentimiento. ¿Teneis vosotros prendas de estas para vender? Si no las teneis, idos, desdichados. No, no las teneis. Me consta, he vivido entre vosotros, os conozco á fondo. Y... ¡cuán bien os conozco! No menos os conoce ella que, educada á vuestra sombra, se acuerda con desden y con horror de vuestras viles lecciones.

Si alguna vez pudisteis aparentar alguna virtud digna de ella, temblad tambien. Teneis un cotejo muy peligroso. El mio. Yo sí, yo me convertiré en modelo y os disputaré la palma. Aborrecí siempre vuestras arterias, no supe jamás hacer comercio del

corazon. En el amor no busco mas que el amor mismo. Vosotros le haceis servir para otros fines, y si la violencia del amor llega á dominaros un momento, ¡cuán poco tardais en profanarlo!

Mas ¡ay de mí! ¿no baja ella del palacio de mi señor? ¿no vuela hácia los prestijios de la grandeza en que nació? ¡y yo, no, no tendré el consuelo que ansio! ¡Siempre infeliz de mí!

Entretanto, ¡ó cruel y desastrosa suerte! ¡La guerra promovida contra mi gloria vendrá á ser fatal á mi amor! Ella dará oidos á las dudosas censuras, á la crítica mordaz, y quién sabe.... ¿se unirá á mis enemigos para burlarse de mí?

No: su alma no es tan baja. No dudará: esquivemos de nuestro alrededor tan importuna chusma de zánganos. Vindiquemos nuestra gloria, Torcuato. Vindiquemos, quizás nuestro amor..... Escribamos.

NOCHE VII.

No, médico mio, no puede toda tu ciencia curar la fiebre que me abrasa... O tú sueñas, ó son falaces todos tus síntomas. Grande es el fuego que me devora. Para mitigarlo no bastan todas las bebidas. Aunque todas las aguas del Po entrasen en mi cuerpo, no sentiria alivio mi corazon.

Tú aseguras que esta fiebre produce los devaneos y arrebatos á que por intervalos se abandona mi imajinacion. ¡Y qué! ¿crees acaso que sea yo algun delirante frenético? Me columnias; mi mente está tan firme como puede estarlo la de un hombre. Se halla empero fija en un solo objeto... ¡Ah! tú no sabes qué objeto es el que contempla, y con cuánta intensidad.

Fija los ojos de hito á hito en el sol de un medio dia

de julio, ciérralos desde luego, recoje entre tus pupilas los inmensos rayos de luz; no tardarás en vacilar sin ver objeto alguno de cuantos te rodean.

Este es mi estado. Yo vivo apenado, encantado por el caro objeto por quien vivo, pero no enfermo de entendimiento como tú me dices. Guarda pues para los miserables que jimen sobre su lecho tu ciencia, si alguna tienes. Ningun hombre has visto mas sano que yo.

¡Ah! ¡cómo pudiera un hombre insano amar con la vehemencia que yo amo! Todo para mí está en ella, no veo mas que á ella, no busco mas que á ella, no quiero sino á ella.

Dejadme, crueles, dejadme en mi felicidad. Con un solo paso que yo diese hácia atrás, tal vez hubiera menester tu socorro. Mas no, me seria inútil. Yo.... moriria....

NOCHE VIII

No soy tan indocil que no escuche la razon y rehuse dejarme conducir por ella. Mudaré el título. Por esto mi poema será el mismo que era antes de este cambio. Esta mañana estaba examinando tus objeciones. Mas no creas, mujer divina, que tanto me haya ocupado su estudio que tú no hayas tenido en mi pensamiento tu lugar. ¿Y qué fuerza seria capaz para arrancarte de donde reinas tú sola?....

No, ni miento, ni exagero. Abultan los amantes vulgares porque solo sienten una llama vulgar: pero mi afecto es celestial. ¡Dios del universo! Tú, tú mismo, tu mano omnipotente le ha grabado en mi alma. La marca es tan profunda que llega hasta los mas recón-

ditos senos del corazon. Este corazon acabará, pero antes no podrá perecer el ardiente afecto que á ella tengo.

Cuando me paro á meditar sobre mis obras, me siento inflamar de nuevo. Veo á tí en Sofronía, á tí en Herminia, á tí en Clorinda, la misma Armida me recuerda á tí. Armida es falaz, pero tiene un alma bella, y este corazon y esta belleza bastan á mi ardiente pasion.

Levántome despues, y me pregunto de donde he sacado las imájenes de mujeres tan encantadoras. ¿Y si tan bellas son, qué será aquella que tan solo he podido delinear lijeramente, y pintar como una sombra?

No importa tengan algunas otras las formas que delineó mi imajinacion. A mí se me debe el celesto modelo. Si á mí. Y ¿quién podrá disputármelo? ¿Hay en la tierra poder para ello? Yo no lo creo; soy superior á todo poder. Y si se atreviera alguna vez la violencia..

¿De qué depende el hilo de mi vida? De un solo golpe. A cualquier momento puedo aventurarlo. ¿Crees tú que me faltaria valor? Quítame la esperanza y verás...

La gloria podia conservarme en la vida. La gloria es muy poderosa para las almas sublimes. Creo haberme ceñido ya su lauro, y si la envidia me disputara aun el fruto.... mañana mismo se habrán agotado sus impuras artes. El triunfo será mio.

Tú sola pues sostienes mi espíritu. La esperanza de verte, hablarte, moverte, este solo pensamiento es toda mi vida, y esta sola idea estará fija siempre en mi corazon, en cualquiera parte que la suerte ó el capricho ajeno me destinen. ¡Ah! ¿quién será capaz de meter la mano sacrílega en mi alma y arrancarme este pensamiento? Cualquier esfuerzo le haria aun revivir mas. Desafío á todos los tiranos y á toda la adversidad.

Pero si algun dia se atreviese alguno á tal atentado, dime tú.... ¿con qué ánimo podrias sostenerlo?

¡Ay de mí! ¿Sabe ella todas las desgracias que me amenazan? Sabe que ella, y ella sola llena todo mi sér, que no vivo sino por ella. ¡Ah! ella no lo sabe.

¡Oh amor sumo y miserable! ¡A qué pues me consumo y desespero! Otros podrán tras largos sufrimientos echar en rostro á una ingrata su crueldad. Su mismo arrepentirse ó la conjetura de un cruel remordimiento sirve en cierto modo de recompensa á su martirio. Herida el alma con el desden, adquiere fuerzas con la venganza del desprecio, último remedio de una pasion desgraciada é indomable. Yo no conseguiré este alivio, no gozaré de este remedio: no.

Mas la suerte de los amantes comunes no debe ser la mia. El objeto que reina en mi corazon es tan alto, que no reinó otro igual en corazon humano. Todo es nuevo: todo es grande.

Esta idea me infunde nuevas fuerzas, fuerzas estraordinarias....

NOCHE IX.

Acostumbran los poetas calumniar á las mujeres. Así lo prueban sus repetidas quejas. De otro vicio adolecen aun. Profanan los misterios del amor. ¿Sabes tú la razon de estos descarríos? Porque sienten afectos bajos....

No así Torcuato: no temas, oh mujer sublime, este peligro. ¡Ah! conóceme bien, anímate.

Levantéme muy de mañana. Queria penetrar hasta tu aposento. ¿Quién hubiera detenido mis pasos? hubiera suplicado á Eleonor, le hubiera dicho.... cuanto puede decir un hombre desesperado. Tiene

quizás esta doncella el alma tan cruel. ¡Eleonor! muchos meses hace, muchísimos que no se cierran mis párpados. Mi corazon palpita de continuo, me atormenta una inquietud.... ¡Oh qué cruel! ¡Eleonor! no puedo, no acierto á esplicarla. Despues me sube desde el pecho á la cabeza un fuego... ¡Ves esos ojos inflamados! ¡ves ese mi desdichado afan!

¡Ah! ¿ella es?.... Un ruido.... Calla, no la asustes, cuidado que no retroceda al ver á un hombre, que no sospeche tal vez!.... Ya lo sé. Nadie es digno de poner aqui su planta temeraria; pero esta ley no me comprende. ¡Eleonor! ¿sabes toda la vehemencia de mi amor? Sabes que no hay fibra en mi corazon en que el amor no haya impreso su dulcísima imájen? Dile... Corre. Eleonor, corre. Aquí espero hasta la tarde, todo un dia, un año, un siglo, para que ella venga al fin, para que yo la vea.... y la hable....

¡Eleonor! no seas como los tiranos: no te hagas reo de un sacrilejio. Teme la venganza del amor. Tú echarias á perder su mayor obra.

Ten piedad de mi, Eleonor. ¡Ella entra! Cómo la siguen mis ojos.

Siento latir aprisa el corazon.... Cualquiera leve ruido me asusta, me hace temblar: me inflamo.... quedo de hielo.

¡Vuelve! no, no es Eleonor.

Un importuno criado baja por una escalera secreta que comunica con el aposento de la que yo adoro. ¡Oh! si me fuese dado cubrirme con tu librea, ¡hombre ignorante del bien que disfrutas! ¿qué hiciste tu para ser digno de habitar tan cerca de ella? ¡Ah! tú sí que eres verdaderamente feliz. Tú puedes ver á ratos su celestial semblante, tú oyes su voz suave: tú le prestas mil servicios si ella gusta exijírtelos. Cédeme tu lugar.

El criado pasa sin hablar palabra, y Eleonor no

comparece. ¡Ay de mi! ¿hasta cuándo he de perderme en vanas esperanzas? ¿Hasta cuándo ha de perseguirme la suerte? ¡Todos se desentienden de lo que solicito! todos se hacen sordos á mis súplicas. ¡Mas yo, yo mismo, infeliz, no estoy delirando!

¡Ah! ven á socorrerme, objeto sublime de mi dolor! Tú sola puedes. ¡Con qué razon pudiera yo quejarme de Eleonor, conociendo ella que no es el blanco de mi afecto! Tú que le posees todo, tú que sola le posees, tú debes conmoverte. ¿La elevacion de tu cuna te dispensó por ventura de la gratitud? ¡Santo cielo! ¿Si habrá ya aprendido la moral inhumana del orgullo? No. Pero el orgullo la tiene encadenada. ¿Y qué importa que sean de oro sus cadenas? ¿Dejan por esto de ser el instrumento de opresion?

¡Gran Dios! Gracias te doy por no haberme hecho nacer en tan elevada cuna. ¿Qué seria yo? Un esclavo, ni aun de mi corazon pudiera yo disponer. ¡Ni de mi corazon!

NOCHE X.

¿Porqué, hombre infiel, si alimentas contra mí un odio tan impío no me pasabas el pecho con un puñal, cuando sin testigos, lleno del sentimiento de la amistad, yo te estrechaba en mis brazos, teniéndote por una parte de mí mismo? Entónces no hubieras sido mas que un asesino. Yo no solo hubiera podido morir. ¡Barbara! tú has pasado mas allá de la esfera del poder que ahora tuvieron los malvados, y la has pasado toda para mi mal.

No, mujer divina, mi labio no profanó jamás tu nombre: jamás profanó mi amor: ¿quién será digno de tan alto secreto?

Grandes derechos tiene la amistad. Sí: para todo menos para el amor. Y yo que me glorio del que tanto me eleva sobre los demás mortales, como puedes sospechar.... que hubiese caido en la vileza....

Miente quien lo dice.... es un pérfido.

El traidor afecta amistad y se llamaba observador del secreto.... ¡Cómo temblaba el despavorido al ver blandir sobre su frente el acero de una justa venganza; y no ha reparado en una nueva villania!.... ¡baldon infame de su raza!

¡Mas que importa! Arrancado de en medio de los hombres: arrojado á ese rincon del último *infortunio*, ludibrio y escarnio de los viles cortesanos, blanco del furor de un poderoso que poco hace era mi protector. Nada, nada es todo esto.... Mas, ella, ella irritada conmigo.... ¡Conmigo! tú....

¡Ah! ya te perdono. Estraño el caso. Hé aquí el colmo de mi desventura. Mi labio enmudece. Soy calumniado. Mas el corazon está ardiendo, no ha mentido la calumnia. ¡Ah! ven, corre; sí, seré mudo á tu presencia. Mis ojos no harán el menor movimiento, ni dará el mas leve latido mi corazon. ¡Oh! morir á tus piés.... espirar á tus ojos mi culpa, si la tengo. Mas ¡cuál es mi culpa! Una no mas.... ¡Mujer! culparás ser amada. Y al Taso....

¡Ah! cuán diversos sentimientos abrigas en tu corazon! volverá, sí, volverá aquella pura mirada de la que pende toda mi esperanza. Si vuelvo á gozar tan pura mirada, en medio de las mas crueles desgracias, me tendré por el mas dichoso de los humanos.

Se ha movido.... ella.... Los veloces latidos de mi corazon son el cierto presajio de que se acerca.

Somos ambos bien desdichados..... el cielo nos ha puesto á grandes pruebas. Mas no desespero, objeto sublime de mi inmenso amor. Se mudará tan terrible suerte. ¿Cómo puede hacerse mas cruel el destino que ahora nos oprime?

¡Cielos! ¡Ay de mi! Pálida, desgreñada, convulsos los labios... los ojos... ¡oh! qué ojos! ¡Ah! yo no puedo aguantar su vista. Y... vuélvete... he entendido ya. Mañana estarás mas tranquila. Mañana no hallarás ya sobre la tierra la desdichada causa de tus penas. Justo es.

¡Vuelva la paz á tu corazon! ¡Recobren su natural brillo tus divinas formas! Solo así puede un infeliz justificarse.

NOCHE XI.

No, ya no me queda ni un asomo de esperanza. ¡Crueles! ¡Privarme al fin hasta de la vista del castillo! ¡Con que, habeis atisbado á cuánta altura miraba yo!

Sin embargo en mi desastrosa infelicidad gozo de una grata idea. Si ha sido por temor... ¿No era pues yo un objeto indiferente á su corazon? Sí, habian penetrado hasta ella mis votos, conoce ella mi amor, sabe mis arrebatos, y si los conoce, sin duda me compadecerá.

Nada mas deseo: moraré lejos de este alcázar, pero dentro de su mismo alcázar viviré triunfante en su imajinacion. Ella esclamará: *¡desgraciado Torcuato!* Y quizás mientras aquí me deja abandonado á solo desearla, responde ella con igual afecto á mi deseo. ¡Oh! ¡anímate! Grandes obstáculos supera el amor.... ¡Quién sabe cuantas combinaciones prepara el tiempo, faustas para nosotros!

¡Loco de mí! ¡hasta dónde se atreve mi fantasía! ¿Qué pretendo? ¿qué aguardo? Nada, nada absolutamente. Jamás volveré á verla. Jamás le hablaré. Ignora ella mis sentimientos y mis desgracias. ¿Quién

osará hablarle de mí? ¿Quién? ¿Qué amigos me quedan en la corte? Esclavos son todos del interés infame. Todos esconden la verdad, y al ver un desgraciado le vuelven las espaldas... Mil ejemplos he visto de ello. No puedo engañarme á mí mismo.

Del todo soy perdido. Irreparablemente. Ni un punto de esperanza me queda... ¿Qué harémos pues?.. ¡Torcuato!

NOCHE XII.

Mi desgracia es el efecto de las maquinaciones de mis enemigos. Mas de mi amor no han podido abusar: no son capaces de conocerlo. ¿Y cómo pudieran, si lo he guardado dentro de mi pecho con la mayor solicitud? ¡Torcuato! ¿has tú confiado á hombre alguno tan dulce depósito? Guárdate. Sospecha en cada hombre un traidor y no te engañarás de mucho. ¡Y que mérito no se haria á cualquiera que llegase á penetrarlo, para asesinarme! Sí, para asesinarme. ¡El bárbaro! siento ya la voz del pálido hipócrita. Susurra su pérfida voz á los oidos de mi señor... Bastan sus primeras palabras para encender su furor. Inquiere... pregunta... Yo soy perdido.

Y bien moriré. ¿Quién pereció jamás por tan bella causa? Lejos de la corte millones de hombres compasivos y rectos harán justicia á mi corazon. «Levantóse él primero, dirán, entre los poetas de su siglo. Dió á la moderna Italia un monumento de jenio con el que pudiese competir con la antigua. Sí, despues elevó á alto objeto su amor, razon tenia. Su corazon debia correr pareja con su injenio.

¡Satélites inicuos! Venid á prenderme. No temais que me resista á vuestro furor. Todas mis fuerzas

tengo reconcentradas en mi corazon para amar siempre al objeto tan respetable como querido de mi pensamiento. He aquí á los inicuos... Ya abren la puerta.

¡Oh! ¡si á lo menos vieses, tú, causa inocente de todos mis males, el indigno trato con que se oprime al que te adora!

NOCHE XIII.

Salto de mi lecho; levanto el cerrojo de la puerta. Ni un momento quiero perder. Esta puerta debe abrirse libremente así que ella venga.

¡Oh Torcuato! ¿qué la dirás cuando ponga sus plantas en este umbral... ¿Qué diré yo... yo... Arrojarme á sus piés... morir á sus ojos... Sí... morir... ¿qué otra cosa, qué mejor puedo hacer? Ya no tendré entónces mas bello suceso que esperar. Moriré. ¡Oh! tan dulce morir, ¿no es el mayor de los placeres?

Le daré las gracias. Cuántas veces he implorado del cielo este momento. ¡Mujer divina! ¿Con que has tenido piedad de tu fiel adorador? ¿Quién te habló del amor mio?

¿Qué digo? ¿quién le habló de mi amor? ¿Acaso no está impreso este mi amor en todo cuanto me rodea? ¿No se ve escrito en mi frente, en mis ojos, en todas mis acciones? Mis palabras, mis suspiros, mi silencio mismo, aquel mi mudo silencio, tan profundo, tan continuo no lo esplica? El aire, el aire, testigo desde tanto tiempo de mis sentimientos, de mis votos, de mis jemidos, el aire undulando hasta su elevado alcázar le ha llevado la noticia de mi situacion.

¡Ah! si mas tardas, vírjen celestial, ya no viviré. Despliega ella sus labios para decir; tened, callad, en-

vidiosos zánganos.... Dejad que yo goce del suave metal de su voz.

¡Triste de mí! la puerta permanece cerrada. Nadie mueve este cerrojo. ¿Quién le hizo retroceder? ¿Quién la impidió de entrar? ¡Ay! ¡ay de mí! Ya no la veo... no la veré mas... ¡Qué silencio!

NOCHE XIV.

Moriré, moriré: no puedo dudarlo... Echadme... á donde os plazca. ¿Qué me importa?

No, no... Sepultad estos míseros despojos en la iglesia de la corte. Id á vuestro amo: decidle: *esto nos encarga Taso.* Escuchará mis votos. Los votos de los dos son santos.

Allí quiero ser sepultado, allí. Ella espía; ella suele ir á la tribuna, de donde, sin ser observada, puede observar todo lo que hay abajo. Bien pues: observará el sitio en que me habrán colocado. **AQUI YACE TASO.** Las letras serán muy grandes. ¡Oh! sí; decidle al escultor que las haga tan grandes, que desde arriba puedan leerse.

¿Sabes quién era el cuitado que yace aquí? Deja de recordar sus versos; recuerda mas bien su amor, aquel amor infausto que le arrastró á la tumba. ¡Tú fuiste el objeto, tú! Jamás amó á otro. A tí sola amó, y ¡oh cuánto!... hasta la muerte.

¡Ay! si la compasion te habla, si te inspira alguna plegaria de paz... ¡Espera!...

¿Qué paz puede tener un infeliz que ninguna tuvo jamás en la tierra? Se dice que el espíritu lleva consigo los últimos afectos en que le sorprendió la muerte, y que está despues fijo inmóvilmente en ellos...

Verte, decirte el amor mio, estos fueron mis afectos postreros. Otros pues no tendrá mi espíritu. Y cuando yo no existiré ya, ni podré verte, ni podré hablarte... en balde, en balde invocarás la paz en favor mio,

¡Ah! yo deliro. ¡Oh! sí, sí, paz. Tu piedad la implore por mí Solo por ti podré tenerla... Tambien la hubiera gozado en vida, si hácia mí hubieses vuelto una benigna mirada.

¡Justo cielo! escucha los votos de su alma. Dame lo que ella te pide. Mi lealtad será coronada.

NOCHE XV.

Dime tú que me estás custodiando como á preso destinado al suplicio público; dime: ¿sabes si ella me ama? Yo la amo á ella: la amo mas allá de la humana posibilidad.

Tú lo has notado. Cuando me preguntas si de alguna cosa he menester y no te respondo, entónces estoy contemplando su semblante, entónces me beatifico en aquellos ojos divinos que á ella sola fueron concedidos.

¡Tú te muestras sorprendido! ¡Oh! ¿serias tal vez indiferente? ¡Miserable! si no la has visto jamás, si no conoces sus elevadas prendas, si no tienes alma capaz para encumbrarte hasta su altura... ¡Menos mal! El cielo hizo dos... solo dos: el alma de ella y la mia. Son hechas entrambas para entenderse, para amarse.

¿Qué dije? Se aman; la mia está toda en la suya. Que de nada mas se hable: que no se pida si tengo otras necesidades. Una sola necesidad tengo, la de estar seguro de su amor.

El importuno parte. Su presencia empeza ba á incomodarme. No es digno ese de entrar en confianza de mi afecto.

Ahora que él se ha ido, regocijate, ¡oh Torcuato! y abre con libertad tu corazon. No hay testigos aqui que puedan espiarte.

¡Oh! ¡si tuviese tan solo un amigo verdadero y compasivo! ¡Oh! ¡si viendo mi lastimoso estado, se lo refiriese á ella tierna y vivamente! Mas yo mismo iré á hablarla. ¿Ves? No formaba tan estenso circulo el arco de este pecho en los tiempos pasados; estas costillas no salian tanto hácia fuera como actualmente. No sufria yo palpitaciones tan frecuentes ni tan mortales. Y todo esto por ti; sí, por ti. Ni me pesa de ello: y seria desventurado, si así no fuese y si no fuese por ti.

Ahora díme: ¿desechas mi plegaria? ¿desdeñas mi corazon?

¿Y podria ser desdeñado un corazon como el mio?

NOCHE XVI.

Abandono las márjenes del Po. Partamos, Torcuato, á vivir bajo otro cielo menos fatal á mi amor. Este no ha sido mas que un lugar de infortunios. Acaso no es fábula lo que de él han contado los poetas.

Partamos pues lejos de una ciudad malvada, de una corte malvada, una hembra malvada... Sí; ella tambien es malvada: ¡tambien ella! Me prometió... Lo oí, yo mismo lo oí. Yo estabá allí... ella... aquí. Entrambos nos mirábamos... yo con ojos de fuego, y ella con modestos y benignos ojos cual convienen á una casta y divina belleza.

La creí: di fe á mi deseo... no á sus palabras, que fueron breves y tan bajas que apenas llegara á mis oidos su acento. Pero mi corazon suplió mis sentidos: todo lo recojió, todo lo sintió mi corazon.

¡Cuitado corazon! he aquí como te ha engañado. No, no es ella la que me ha engañado; yo me he engañado á mí mismo. ¿No debia pensarlo antes? ¿No debia reflexionar que en los altos palacios hay una alma, una fe muy diversa de la de nuestras casas? Emponzoñado está aquel aire, y ella lo respiró desde que naciera. Yo debia saberlo. Me fié... ¡incauto!

Pero tomaré venganza. Sabráse la traicion; sabráse de aquí á un siglo, á dos, á diez... Ella, sus cortesanos serán polvo, y yo viviré: anunciaré su perfidia al universo.

¡Adios, mansion inicua! Nunca debiera yo haber puesto en ella el pié. La culpa es mia; pero la enmiendo. Nunca jamás retornaré.

Tal vez cuando estaré lejos, desearán tenerme. Deseo inútil, arrancado habré entónces del pecho esa sierpe cruel que ahora le despedaza. Observaré mi dolor presente como el sueño de un naufrajio recordado en alegre compañía por la tarde. Lo he resuelno: no mudaré.

Abridme la puerta. He de ir lejos... sí, lejos..... donde jamás oiga nombrarla: donde jamás se me ofrezca su memoria. Abrid—

NOCHE XVII.

He tenido un sueño. ¡Qué terrible sueño! ¡Oh! jamás llegue á verificarse! Plegaria inútil.

Vedla allí yacer cadáver frio, estendida sobre el féretro. ¡Ay de mí! ¿do están sus ojos, aquellos ojos

resplandecientes de luz, que daban la vida á donde quiera que se fijaban? ¡Cerrados están por la mano de la muerte! No tornarán á abrirse. Dejad que yo los bañe con mis lágrimas. Mis lágrimas podrán tal vez... no seria esta la vez primera que el amor hubiese hecho prodijios.

¡Ah! secas están mis pupilas. El dolor ha cegado las fuentes del llanto.

¿Con que pues podré yo llamarla á la vida? ¿A quién hablo? Mi voz se debilita cuanto mas quiero levantarla. Una mano de hierro me apremia el pecho: una mortal ansiedad me ahoga. ¡Ay! nadie me oye.

¡Oh caro objeto del ardiente amor mio! ¿Tú no vives ya? ¡y tan presto! ¡y en tan tierna edad me eres arrebatada!

Estiende desde el sepulcro la mano. Sé conmigo benigna ahora siquiera. Aquí me tienes pronto á descender contigo.

Los hombres tienen en horror la muerte: yo no, si me conduce á ti, á quien sola amé, por quien sola esta vida me era dulce.

¡Ay de mí! que los finados no oyen, y una fuerza sobrehumana me rechaza.

¡Eterno Dios! la muerte pido. Pido aquello á que inevitablemente sujetas á todas las criaturas. ¿Será posible que hasta la muerte me niegues? ¿No serás pues en manera alguna compasivo con Taso?

No despierto. Mis cabellos están erizados: mi frente está bañada de un frio sudor: mis ojos... mi pecho. ¿Hasta tal estremo se puede padecer en un sueño?

Quita la vista de mí, ó tú que me estás mirando taciturno y atónito. ¡Ah! no sabes tú las angustias de mi corazon! ¡No sabes á qué punto de miseria he llegado! Vete.

No, no: quédate. A mi toca la prueba terrible. Yo iré. Yo me informaré. Encontraré quien sepa darme razon de ella... ¡Guay! si este sueño infausto... ¡Ay de mí! me faltan las fuerzas... No puedo.

NOCHE XVIII.

¡Qué bello dia! qué sol tan brillante! ¡oh cuan soberbia se presenta hoy á mi vista, desde esta altura, *Ferrara*!

¡Torcuato! tan bello fué el dia en que tú viste á la que hace suspirar tu corazon, asimismo el sol resplandecia.

Toda la ciudad rebosaba aquel dia en una fiesta. Mi señor se paseaba por las anchas calles sobre un arrogante corcel venido de lejanas rejiones. Inmenso era el séquito, y tú no hacias allí el último papel.

Subimos á las altas estancias. Allí se veia reunida la flor de las bellas mujeres de la corte. ¡Cuántas ví.

Beldad, adornos, gracias, todo era seductor.

Una sola distinguí yo entre todas, una que las aventajaba á todas. Sentí repentinamente inundarse mi alma de una suavidad inefable. Mis ojos ni un solo momento podian separarse de ella.

¡Justos cielos! ¿acaso me engañaba? ¿O pudo ella dejar de conocerlo? ¿Cómo podia ocultar mi sorpresa y su triunfo?

Desde entónces una ajitacion tumultuosa ha reinado en todos mis sentidos. ¡Oh! ¡qué inquietudes! ¡cuántas tormentas de encontrados afectos!

Mas ya por fin me hallo tranquilo. Ahora recuerdo en medio de la calma las fatigosas mudanzas que han combatido mi espíritu. Yo la amo: lo siento: no puedo dudarlo.

Y bien, ¿es un delito el amarla? ¿por qué la hizo el cielo tan amable? No, no es un delito, ni puede serlo.

Celebremos la memoria de aquel dia. Entonemos un himno digno de ella, digno de la inmortalidad.

Dictelo el corazon: el himno que le dedique debe ser dictado por el corazon.

¡Mas ay de mí! la grandeza del asunto me oprime, mis sentidos se turban. Calma.

¡Qué nube tan oscura! ¡qué vientos tan borrascosos se desencadenan! ¡oh! el cielo ennegrecido. Socorro.

De quién lo imploraré? Desde esta estrecha mansion no pueden levantarse hasta ella mis débiles lamentos, y ella sola pudiera socorrerme.

¡Ah! ¡no desatiendas tu piedad y mis votos! ¡mira cuán honda llaga has abierto en mi seno! mira qué negra sangre brota de ella. ¡Ah! mi dolor, mi dolor es estremo. De ti me esperaba ser feliz... y soy desgraciado.

NOCHE XIX.

He renunciado á la gloria de los versos. Ariosto, Camoens, Virjilio, Homero son nombres indiferentes para mí. Pasó ya el tiempo en que tenia por alto honor rivalizar con ellos. Mi gloria es vivir por aquella que es mi todo.

¡Virjen celestial! ¿eres tú quizas una de aquellas mujeres vulgares?..... en que engaño he vivido yo hasta ahora! me creia aumentar tu gloria consagrándote la mia. No, no tienes tú necesidad de tal socorro. Tú haces toda tu gloria, la de cuantos te pertenecen, y tú harás la de *Taso*.

Perezca mi *Jerusalen*, devórenla, si así lo quieren los pedantes del *Arno* y los cortesanos de tu padre. Yo no diré palabra. Para ser el primero de los hombres de mi siglo, para ser un alto objeto de envidia á todo el universo, me basta mi amor.

Lo han conocido los tiranos. Mira, mira cómo me persiguen, mira cómo quisieran destruir mi gloria y mi felicidad. Mas no lo conseguirán. Esta descansa en un lugar sagrado á donde jamás podrán llegar sus manos sacrílegas. Está depositada en tu corazon y en el mio.

¿Pero qué lugar tan estrecho es este donde estoy encerrado? ¿qué hago aquí? ¡Pueden darse dias mas crueles que los de mi encierro! Busco, pregunto, nadie me responde.

Ven á librarme tú... ¡oh! te contaré todos mis males, tú no los sabes todos. Te los diré yo, yo solo puedo decírtelos.

Vendrá. Aguardémosla, *Torcuato*. ¡Qué miserable condicion es la de una hija de un príncipe! De ninguna parte de sí misma puede disponer. Mil cadenas la tienen cautiva. Mil ojos la acechan. Ni un solo suspiro puede salir sin testigo de su pecho. ¡Maliciosos espias! de un suspiro suyo forjasteis vosotros materia para mi desdicha. Mas ella os sorprenderá; se robará á vuestra vista.

Esta noche... esta noche, sí, la espero, el amor le servirá de escolta.

¡Atrévete!... ¡date prisa!... Yo te aguardo, no saldré de aquí ciertamente antes que tú vengas, Silencio.

NOCHE XX.

Quién me manda partir de aquí! No, no parto yo, fuera de aquí nada me llama, y aquí todo me detiene. Todo lo tengo aquí.

Mas yo mismo lo pedia. ¿Yo? ¡*Torcuato*! ¡A tal estremo ha llegado tu delirio! ¡Tú te conjuras contra tu misma felicidad!

Sí, felicidad es esta. ¿Qué importa esta puerta cerra-

da, esas barras de hierro que aseguran mis ventanas? Ella sola me importa. Ella esparce una celeste luz en este lugar sombrío, ella embalsama el aire que respiro, ella llena de suave contento el alma mia.

¡Oh! digna de todo mi corazon; perdona por haber yo pensado salirme de aquí Un jenio maléfico me hacia ver tétricos todos los objetos, confundia mis sentidos, tiranizaba mi razon. Hoy por fin soy dueño de mí. Hoy me reconozco.

Mis enemigos creen haber ya triunfado. ¡Miserables! A mí me habeis dado el triunfo. En Ferrara se dirá por mucho tiempo, Taso no está ya en la corte, no se pasea ya ni por delante el castillo como acostumbraba, ni por los jardines como acostumbraba mas a menudo.

No, no estoy ya en la corte, mejor morada tengo. El corazon de aquella que es el ornamento de la corte y del mundo.

¡Ah! no pronunciais mi nombre sin que su corazon franco y dulcemente amoroso, se sienta de improviso palpitar por mí. Vuestro mismo callar, el no verme á su presencia me hacen aun mas grato á su corazon.

Dejadme pues aquí, dejadme hasta que asome el dia en que sea coronado mi amor. Vendrá este dia, vendrá ciertamente.

Tú, que guardas la puerta, ciérrala con todas las llaves si te place, no hablaré palabra, no oirás quejarme. Aquí estoy tranquilo y contento. No saldré de aquí, aunque me abras el paso. Antes moriré.

Las grandes pruebas muestran un grande amor; grande es la que doy quedándome aquí encerrado. Y si alguno mereció amor en la tierra luchando contra una suerte impía, yo habré merecido este amor por el que suspiro; este amor en el que se cifra toda mi felicidad.

NOCHE XXI.

Hoy es el dia de cumpleaños, sí: hoy el dia de cumpleaños. La corte estaba en *Belriguardo*, y yo con ella. ¡Juanito! ¿te acuerdas? Estábamos los dos juntos, y tú me hablaste mucho de la *Aminta*. Veianse á largo trecho numerosas filas de cortesanos. Una turba de palaciegos acudia á tropel. Entónces tú esclamaste con cierto enfado: ¿se enseña aquí por ventura algun milagro? Nosotros ocupábamos un lugar un poco elevado, desde donde, sin esfuerzo ni importunidad, podiamos observarlo todo. ¡Oh! ¡qué bien me acuerdo de aquella ventana y de aquella reja! reja que sola fuiste capaz de detenerme, é impediste que no me cayese atrás, á pesar del empuje que me dieron.

Una hora estuve enajenado... Ya no te ví mas; ya ni aun me acordé de lo que te decia.

Dos flechas fueron para mi aquellos ojos que osé mirar: dos flechas que revivaron mas cruelmente la llama de mi corazon. ¡Ah! ¡qué llama revivaron! La llama que dia y noche me consume. Siento como ese fuego devorador se ha convertido para mi en un mortal tormento. Mas ¿qué dije? no. Este ardor es en mí el elemento de la vida. Mil veces hubiera ya muerto si no fuese mi amor.

Mas tú no me escuchas. Tú quizas te burlas de mis lamentos y del ardiente amor que me devora. Despiadado amigo, ve ahora, escribe algun frio endecasílabo, algun insulso madrigal, y despues...

Juanito no está aquí. Poco importa. Mal podrá ser juez imparcial de mi amor... ¿mas qué tiene de estraño? ¿Se le dieron tal vez á él mis mismos ojos, y mucho menos mi corazon?

Naturaleza tiene delante dos urnas inmensas. En la una están los nombres de los varones que llama á la vida, y en la otra los de las mujeres. Con su diestra toma un nombre de la primera, y con la izquierda toma otro de la segunda. El destino los escribe entrambos en una misma linea en el libro de la vida, y no hay ya poder que pueda desunirlos. ¿Cómo podrémos de otro modo esplicar las increibles combinaciones que unen á nuestros ojos dos corazones que por otra parte parece se formaron para estar divididos eternamente el uno del otro? ¿No les vemos nosotros muchas veces acercarse recíprocamente atropellando inmensos obstáculos por entre la loca multitud que los separa? Se ha dicho que reina en el alma una simpatía secreta. Esto es una verdad. La naturaleza ha prevenido ya los destinos y los afectos, y ha señalado anticipadamente á cada uno su lugar. El ocuparle es la suprema felicidad.

La mia está puesta en el amor de aquella que siempre tengo presente, estoy viendo siempre, y fuera de la cual todo es para mí tinieblas y horror.

¡Oh criatura incomparable! ¿lo sabes tú? te lo ha dicho ya el oculto presentimiento de tu corazon. Nuestros dos nombres fueron sacados á un tiempo. El amar es en nosotros una necesidad. En vano te lisonjearás tú de algun otro amor. El mio solo te está destinado. Y lo posees ya.

Sí... ella lo sabrá. Lo sabrá sin duda. ¿Cómo pudiera la naturaleza tenérselo oculto por mucho tiempo?

¡Torcuato! refuerza tu espíritu. La violencia del placer pudiera hacerte morir. Yo me prevengo para el dulcísimo instante... Ya gusto de antemano, y percibo lentamente algun sorbo de aquella alta é inefable delicia. ¡Ah! ¡cuánta dulzura tiene un solo sorbo! ¡Qué será de todo el placer junto! ¡Oh cielos! dadme fuerzas para gozarla toda, y entre tanto concededme algun tiempo para prepararme.

NOCHE XXII.

En San Benito señalan ya la madrugada. Todavia no he conciliado el sueño. ¡ah! ¡cuánto tiempo hace que no he cerrado mis ojos! Mas, ¿por qué debo cerrarlos? Vendrá, sí, vendrá el dia en que los cerraré... y para siempre! ¡Ah! si debe venir luego este dia, ¡oh cielos! seréis tan implacables para mí de no dejarme ver primero una sola vez aquella única por la que sentiria hoy mi corazon el deberlos cerrar eternamente.

Tal vez el sonido de la campana que oigo llegará á sus oidos. ¡Ah! ¡si la dispierta este sonido, pueda á lo menos acordarse ella de su *Taso*! Pueda decir: en este momento está velando, piensa conmigo, y está hablando de mí consigo mismo. ¡Ah, el infeliz! ¡quién sabe en qué angustias se halla! ¡quién sabe que fúnebres ideas le ocupan! *Torcuato*, no temas. No eres ya tan desgraciado como cree alguno. Tú vives en mí, como yo espero vivir en ti. Me compadezco de tu dolor, me da lástima el injusto trato que se te da. Mas, cambiará tu situacion, tendrá fin nuestra desgracia. Si hoy nos vemos separados, vendrá un dia que nos verá unidos; si hoy te ves privado de pronunciar mi nombre, vendrá un dia.....

¡Ah! prosigue, adorable criatura. ¿Crees tú que llegará este dia? Dime, ¿lo crees tú sinceramente? Mas, ¿cuándo llegará? ¿Puedes tú apresurarlo? ¡Pueden asegurarlo mis súplicas! Yo importuno al cielo con mis ruegos, y no cesaré de importunarle. Une tú los tuyos. A los ardientes votos de dos almas enamoradas el cielo no se resistirá. Tenlo por cierto. Mas, muéstrese sordo el cielo, sean todos los hom-

bres crueles, bárbaros, inicuos..... Sabe que desafío á los hombres; que no me humillo ya al ruego. ¿Qué necesidad tengo de ello? Puro es mi amor, como el puro objeto á que se consagra. Está ya satisfecho si tú lo quieres. Me lo has declarado, cierto estoy que correspondes á mi afecto. Nada mas deseo.

El sol empieza á dorar con sus rayos la opuesta muralla. Cesa tu tarea, ¡oh fanal compañero de mis penas! Reposa. Yo solo, no puedo reposar por largo tiempo. Solo en medio de la ajitacion que me atormenta, me conforta un secreto placer, el placer de la esperanza. Los que colocó la fortuna en lugar eminente; aquellos, cuya alma embriagada de todas las delicias no tiene ya mas que desear, tiemblen. ¿Qué les queda ya sino precipitarse hácia el lado opuesto de la desgracia?

El hombre miserable es de mejor condicion. Cualquier cambio que le depare la suerte, lo va acercando á su felicidad.

Aliéntate, *Torcuato*. Tú eres miserable.

NOCHE XXIII.

¡Ay de mí! ¡qué vacío hallo hoy mi entendimiento! ¡qué escasez de ideas! Ni una sensacion sola.

¡*Torcuato*! ¿Estás entre los vivos? Me toco la cabeza, ¿dónde está? ¿Qué me hallo en lugar de ojos? ¿Cómo es esto? Nada veo... Nada oigo... nada... nada.

Movámonos... ¡Y bien! He aquí mis pobres tablas. Lo percibo, este es mi lecho.

¡Oh lecho mio! Oh miserable confidente de las angustias de un hombre mucho mas miserable! Sí, tú, tú eres..... sobre ti me dejo caer, no para tenderme

al reposo, no para invocar al sueño, tan dulce a los cuerpos fatigados, sino para abandonarme en cualquier penosa posicion al desesperado dolor que me oprime.

Yo vivo, sí, yo vivo. Mi dolor me lo demuestra mas aun que estas tablas, estas flexibles sillas... mas que mi propio lecho.

¿Qué he dicho? ¿De qué hablaba ahora? ¿No me acuerdo ya? ¿A qué estado me habeis reducido? Yo no era así, no, no era así. El cielo lo sabe, yo lo sé como el cielo mismo. ¿Qué necesidad tengo de nombrarle cuando yo me basto?

¡Ah! bien sabe el cielo que no merecia yo verme reducido á tan triste situacion. Mas si lo sabe, ¿por qué no toma á su cargo mi venganza? El cielo es justo. La vindicta de un inocente ultrajado forma parte de la justicia Me vengará. Sí; me vengará. Firmemente lo creo.

¿Y qué hará por tí el cielo? ¡*Torcuato*! Largo tiempo hace que le invocas, mas ¡en vano! No blasfemes, ¡insensato! El cielo es el amigo mas fiel, el único que te queda.

¡Ah! de amigos ¡cuántos tuve! ¡Amigos dije! finjidos. El verdadero amigo no abandona en la desgracia. Sabe dividir sus penas, así como gusta tambien la copa del placer en la felicidad. Desde que caí en el infortunio, ni uno solo he visto mas, ni uno solo. Temen sin duda que les comunique mi desventura. ¡Hombres viles! Abandonais así al duque! Corred á adularle, decidle que es justo, que su proceder es digno de elojio, que el *Taso*..... Todos los hombres se han conjurado contra mí. ¿Oyeme el cielo estos lamentos? No lo sé.

¡Ah! ¡si pudiera servirme de mis potencias como algun dia! ¡Si tuviese clara y despejada mi mente como antes la tenia!... Mas veo en torno de mí un vacío inmenso.... Una masa de tinieblas... ¿En dónde

estoy?... Oi decir que los moribundos pierden el uso de los sentidos, que le van perdiendo lentamente. ¿Estaré quizás en tal estado?... ¡Qué hielo! ¡qué torpes mis manos! La pluma rehusa obedecer. Si no dejo en esta hoja mis pensamientos, se perderán luego hasta sus vestijios.

No puedo mas... Descansemos. ¡Ah *Torcuato*! ¿qué reposo es el que te aguarda?... El último... El reposo de los infortunados... la muerte...

NOCHE XXIV.

Ya he dormido. Me vuelven las fuerzas. Con que, ¿mañana saldré de este lugar? Mañana seré libre de irme á Sorrento, á Roma, á donde quiera. A Florencia, no... no, no hay temor.

¡Cielos! ¿será verdad? Ella corre, corre á los brazos de un esposo... ¡y no es *Torcuato*!

He pensado.... lo haré.... Sí.... escribámosle. «El amor te hizo mia. Lo eres, lo serás mientras yo viva. Traicion... perfidia... no te culpo ya, no, mas bien te compadezco. ¡Víctima infeliz de la ambicion que tiraniza las almas de toda tu familia, y tu suerte! ¡Bien otros lazos de los que te habia destinado mi amor hoy te aguardan, y bien otra fortuna! Libre conmigo, serás con otro esclava, y madre de una prole tambien esclava. No te alucines. Libertad en casa de tu padre, ¿la viste jamás? No. Una corte... riquezas... Jóven desventurada! No, ya no sirven para ti tales objetos... ¿Necesitas tú quizás para vivir grandes retretes, salas mas espaciosas farcidas de infames aduladores, de sordos comilones, de espadachines sanguinarios?

Nómbrame, ¡ah! nómbrame una sola cosa de la

casa de tu padre, que sea necesaria á la paz del alma, á los libres deberes de la ternura y del amor. Nada de esto posee la hija de tu jardinero, la hija de un padre mas indijente, y te aventaja en vivir contenta y alegre con su mismo padre. ¡Con que tú eres vendida! Sí, te venden. Tu padre, tu esposo son unos pérfidos que se han mancomunado para sacrificarte. Sedientos de la vil grandeza, hija del poder, urden entrambos entre sí á costa de tu sangre la opresion de la mitad de Italia... Vuela, vuela, ¡oh esposa,! á los brazos de un hombre que ayer hubiera admitido en su lecho cualquier otra mujer que le hubiese llevado igual fortuna. Vuela á los brazos de un hombre que tu padre hubiera rehusado por yerno, si hubiese aspirado á tu mano otro mas poderoso que él... ¡Con que para tí están cerradas todas las dulzuras del amor! ¡Ah! las dulzuras del amor solo se gozan en la medianía, lejos del temor y del remordimiento. Allí, donde el corazon elije, donde el sentimiento manda, donde...

Yo no puedo sufrir tan nefanda inmolacion. ¡Ah! voy á dar un ejemplo nuevo en la historia.

Mas... ¿dónde está este rival? ¿dónde estas bodas? ¡Todo fue ilusion! Gracias al cielo. Hasta aquí no he hecho mas que delirar.

Rasguemos este papel. Ni rastro quede de mis crueles dudas. Mas no, no. Consérvese esta carta. Algun dia la leerá ella. Verá hasta qué punto me entusiasmaba por ella.

NOCHE XXV.

¡Cielo! ¡cielo!... ¡Ah! finieron para siempre las esperanzas. Los traidores han venido.—Detened... En balde. La llama lo ha devorado todo.—

¡Ved allá pocas hojas trasportadas por el viento á través del denso humo!

¡Veinte años de trabajo! ¡un millon de años de gloria! ¡Todo se ha perdido en pocos instantes!

¿Todo? no: no disfrutarán ese placer mis enemigos. Infamia lograrán: sí, infamia eterna... ¡Zoilos insensatos! Cuanto mas rabiosa sea vuestra persecucion, tanta mayor será mi gloria. Vosotros pereceréis: sí; no pasarán dos jeneraciones que vuestros nombres no sean olvidados.

¡Ah! consérvense esos viles: repítanse por todas las edades, por todos los tiempos, y tengan, cual les es debida, la execracion de toda edad, de todo tiempo.

Medido he mis fuerzas con los injenios de mi siglo, y no he perdido ánimo. Mi firmeza misma es una prueba en mi favor... ¡Ariosto!...

Grande es el Ariosto. ¡Ferrareses! cuando orgullosas las ciudades de Italia competirán en hombres eminentes á quienes hayan dado la cuna, dejad vosotros aparte la larga lista de los vuestros; nombrad solamente al cantor del *Furioso*. Al oirlo todos enmudecerán.

Pero en los caprichosos campos de la fantasía loqueó él no desemejante de su héroe. Mezcló humilde y sublime, estravagancias y proezas; y nuevo Dédalo creó un laberinto, del cual le ha redundado tanta gloria, solo tal vez por la felicidad con que de él ha sabido salirse.

Esclavo de una corte corrompida, pensó tan solo en el placer de un grande soberbio, que despues le fué ingrato. Asi profanó él la mas bella obra de las Musas. Baldon de su injenio sublime ha dejado á las edades que le han sucedido.

¡Torcuato! á mas noble cima aspiraste tú, y obtendrás mas honrosa fama.

Uno sólo, en este siglo, es el émulo que puede

disputarme la palma. —¡Ah! dime: ¿eres tú desventurado al par de mí, ó virtuoso cantor de la mas grande empresa que hayan concebido jamás tus compatriotas? Hasta nosotros llegó la fama de tu infortunio. ¡Mísero! mas no por cierto tanto como yo. El cetro de las Indias caerá de la mano de los nietos de Manuel; no mas la soberbia Lisboa verá desembarcar en su puerto los tesoros del Asia y del Africa; la gloria empero de sus inmensas conquistas brillará aun viva y resplandeciente en los versos de Camoens. Las últimas jeneraciones verán en los *Lusíadas* el valor increible de un puñado de hombres, que domando remotas jentes, y luchando con peligros tremendos, inmensos y nuevos, llevaron á los confines del mundo sus virtudes y la relijion de sus padres.

Una grande empresa, la mayor que los pueblos de Europa hayan realizado, he tomado yo por argumento de mi poema. Mi *Jerusalen* será para todos los pueblos cristianos lo que fué para los griegos la *Iliada*, la *Eneida* para los Romanos; lo que es para los Portugueses *los Lusiadas*.

Un sagrado entusiasmo encendia por todas partes á los pueblos y á los reyes en deseo de arrebatar de manos de infieles los lugares santificados por la relijion. La política cambió entónces en Europa: amaneció la lumbre de las artes, y los errores del fanatismo dieron orijen á una renovacion de costumbres, de leyes y de usos.

Los historiadores señalarán esta época como la mas célebre en los fastos de las modernas naciones. Es como para las naciones antiguas la espedicion de los Griegos á Troya. Mas he hecho yo: la he eternizado con mis versos.

¡Ay! pero se preguntará, ¿cuál fué la suerte del poeta?..... ¡Camoens, entrambos somos desgraciados!

La injusticia empero reina solo breves instantes:

desaparece despues, y con ella desaparecen sus autores y sus ministros.

¡Oh! ¡tan pronto desapareciesen de la mente de mi señor las fatales sombras que contra mí le han enemistado! Si desechando la razon considerase la pureza de mis afectos.....

Y ¿de quién hablo yo? ¿Cuándo conoce, siquiera, la razon el ambicioso potentado?

De humildes principios, sostenidos por las circunstancias de los tiempos, por la ajena debilidad y por la propia audacia, estendiendo siempre entre los civiles disturbios su poder, haciéndose ya amparos de la patria, ya su azote, para constituirse al fin sus tiranos, subieron esos á la altura en que los ve ahora Italia.

¿Son pues los tiempos los que establecen la diferencia en la suerte de los hombres? Mientras ellos no tenian al pié de los Euganeos mas que un castillo derrocado, alguno de mis padres que hubiese tomado una esposa de su familia, hubiera sido reputado por ellos como un hombre ilustre, digno de su parentesco. Le hubieran tal vez buscado como una preciosa adquisicion. Y hoy ¡porque aspiro yo á tales nupcias, me hago digno de la persecucion de un nieto suyo! ¡Qué mudanza!

¡Norabuena! Viviré oscuramente: me contentaré con mi desventurado amor. Y al menos vivos rastros dejaré de él en el mundo.

Dos serán los títulos de estima que acompañarán el nombre mio. El de mi perseguidor ¡oh! ¡cuán detestado será!

NOCHE XXVI.

¡Ar! ¡cuán ingrato es este pan! Se indijesta en mi

estómago y se convierte en veneno. ¡Ola!... no me traigas mas. Conozco la mano pérfida de donde viene. ¿Puede la perfidia dar otra cosa mas que veneno?

Y me convidan con ese pan, para que esta mi vida infeliz, consumida por el dolor todos los dias, todos los dias recobre fuerzas para sostener el dolor. ¡Crueles! Barbarie es esta de un nuevo jénero. ¡Hacerme morir cada dia!.....

Abiertos tengo á la vista dos anchos caminos, para burlar finalmente ese designio sacrílego. O rehuso este pan ponzoñoso y arrancaré la víctima á los tiranos; ó fomento en mí la dulce esperanza de tornar á ver algun dia aquella por quien ahora estoy sufriendo, y absorto en tan alhagüeña idea, haré vanos los intentos de mis enemigos... ¿Por cuál de esos dos caminos, oh Torcuato, quieres marchar? Uno de los dos debes escojer. Grande... sumo valor para entrambos se necesita.

Escojamos el primero.—Llegó pues, oh Torcuato, tu hora postrimera... Aquella empero, cuya imájen tienes siempre presente, aquella, cuyo nombre con tanto gozo pronuncias; aquella, que está para ti en lugar de todo... aquella... tú no la verás ya mas, no mas la recordarás... Muerto serás para ella.

No, no. Siempre infeliz, perseguido... destrozado por cuanto el odio tiene de mas cruel, mas vivo, mas capaz de recordarla, de nombrarla, de pintarme sin cesar su imájen divina. Ella es la vida mia... mi todo. ¿Cómo renunciarla? No, mísero, no.

Dure, pues, esta vida sin ventura. Alimentémonos cada dia de dolor, y preparémonos con el padecer de hoy al padecer de mañana, y con el de mañana al otro, y al otro y siempre, hasta que el instante de la mudanza llegue.

¡Ay! áspera en demasía es mi empresa... es áspera. Empero hay compensacion. Quisiéranme muerto,

esos crueles, y no lo lograrán. Viviré, sí, en el dolor, para velarlos, para probarles que á pesar y despecho de sus conatos nada pueden; que superior es Torcuato á toda su pujanza.

¡Cuánto interés ofrece una sola idea! Me vengo y amo.

Se ensañarán los pérfidos á vista de tanta constancia, y un bálsamo celeste se derramará por mi llagado corazon; un bálsamo de increible virtud, por el cual restauradas las cansadas fuerzas, mas dispuesto me levantaré para adorar á mi señora... aquella señora divina, la cual bien merece el tributo de penas que por ella padezco.—Escojo pues la vida.

NOCHE XXVII.

La gloria me llama al Capitolio. Seré coronado primer poeta de mi siglo. Partamos.—No tengo mas enemigos: no tengo mas obstáculos á mi amor. Podré hablar, podré hablar del amor mio libremente, plenamente, cuanto lo desea este corazon apasionado.

No se mostrará desdeñoso entónces el duque; entónces sus cortesanos envidiosos no harán un delito de mi afecto. Callaréis al fin: y vuestro livor, hasta ahora tan fatal para mí, se convertirá en veneno para vosotros; para mí en motivo de triunfo.

¡Torcuato! valor. Sufre el infortunio presente. Pronto llegará tu redencion, la victoria, la felicidad.

¿Qué obstáculo he sufrido hasta ahora? el de ser un hombre privado. Nupcias reales deben enlazar á las hijas de príncipes. Así la humana ralea se clasifica por el orgullo.

Norabuena: sea así. Yo no soy ya, ni hombre oscuro, ni privado. Tambien á mí me ciñe una corona, la cual es toda fruto mio, no herencia que

no merecí, y venida por acaso. ¿Dónde me pondréis? ¿A par de quién seré colocado? Seré soberbio yo tambien, soberbia se pide.

¡Oh divina doncella! ¡Oh! ¡tú sola puedes avalorar mi elevacion! No tendrás tú que avergonzarte del amor mio. La historia contará dos mujeres á quienes han hecho inmortales sus amadores. ¿Y quién es aquella que no envidie la suerte de *Laura*? Tú serás la segunda por órden del tiempo; pero la primera ciertamente por la verdadera dicha de tu estado.

Sí: unida conmigo tú serás feliz. ¡Esposa de príncipe, ¡oh! ¡cuántos pesares hubieras tenido que temer! ¡Ah! tú no conoces el corazon que tiene un príncipe y por quién lo tiene. Agoviado con el inmenso peso de la corona, oprimido de cuidados y de pesares ¿qué tiempo le queda para pensar en su esposa?

La envidia de los otros potentados ambiciosos, las conjuras, la guerra pueden fácilmente arrebatarte á tí el esposo, y á tus hijos el estado: *Sforza y Bentiboglio* no son nombres demasiadamente viejos en los fastos de los príncipes desgraciados. Tu prima... En tu casa misma tienes ejemplos. ¿Con qué fiestas, con qué esperanzas no partió ella á Bolonia? Y ha visto morir prisionero en Milan al suegro, errante y desterrado al marido, á los hijos privados de acercarse á la ciudad que debia ser su herencia.

Las grandezas de los príncipes tienen un período. Tú empero, esposa de Torcuato, gozarás tranquila de mi gloria, y entera la verás trasmitida á tus hijos. Nadie podrá ni á ti ni á ellos arrebatarla: nadie puede arrebatármela á mí.

Ella me ha oido. Apresurémonos; cercano está el tiempo de la alegría.

NOCHE XXVIII.

Desde que me han encerrado en este sitio, no veo á ninguno de mis amigos. ¡Ingratos! ¡no venir jamás á hacerme compañía, jamás!... ¡Qué amistad es la vuestra! La amistad de los hombres.

No precipites, ó Torcuato, el juicio. Tal vez habrán querido venir. Quién sabe cuántas veces lo habrán intentado: mas, ¿les habrá sido permitido?

¡Oh amigos mios! ¡si vosotros supieseis el mísero estado en que se encuentra vuestro Taso! El está mal! ¡sobradamete mal! Noche y dia son para mi la misma cosa. No cierro jamás los ojos durante la noche. El dia me pasa lento, lento, con una lumbre pálida, que en vez de alegrarme, como suele hacerlo con todos los vivientes, me acrecienta la tristeza, me llena de humor negrísimo, y me colma de angustia... ¡Oh! ¡Qué torpes fantasmas se levantan en mi espíritu para aterrarme! Me afano en echarlos, y ellos obstinados vuelven, y al esforzarme yo de nuevo, tornan ellos á manera de jigantes. La esperanza misma, que es el consuelo de los desventurados, la esperanza es para mí un azote. ¿Cómo podré entregarme jamás á su alhago? ¿Qué fundamento tengo yo para creer que encontraré finalmente, si no justicia entre los hombres que me persiguen, piedad al menos en aquella que es sola causa de mis trabajos?

¡Oh dulces amigos! ¡Oh vosotros que tantas ofertas en los pasados tiempos me hicisteis! vosotros en quienes tanta confianza tenia, prestadme vosotros este favor. No sabeis, no, el sublime mérito suyo. Id á encontrarla. Vosotros podréis verla, si quereis; que no se vijila sobre ella como sobre Taso.

Mujer ninguna inspiró jamás tanta confianza. En su rostro veréis pintada la bondad, y el metal de su voz os animará á hablar y á esperar bien de ella... Decidla—¡Señora! ¿do está vuestro Torcuato?

Inclinará al suelo los ojos, al momento que oiga mi nombre. Observadla bien. Mudará el color: sus ojos tal vez se humedecerán, tornarán rojos. Hablad entónces con valor. Decid: «Torcuato yace encerrado en sitio de profunda miseria. Mas no creais, señora, que ha perdido el uso de su razon: calumnia es esto. El piensa en vos continuamente: en vos sola piensa: de vos sola habla. Nada mas pide; por nada mas suspira que por vos. Vos sois su todo...»

«Tal vez en medio de sus tormentos está alegre porque padece por vos. Y tal vez, oh señora, se abandona á su desgracia y pierde aliento, porque ni un rayo solo ve de consoladora esperanza. ¿Cuál será la suerte de nuestro amigo? Nosotros deseamos verle libre, y él no cura de su libertad, si no puede veros á vos, á vos sola, que llenais su espíritu y colmais su corazon. Dice que os fué caro, y al tono con que lo dice (perdonad señora), no se descubre trastorno en su entendimiento, ni arrogancia en su corazon. Tal vez se lisonjea él en demasía; mas vos podeis ser en demasía virtuosa.»

No, callaos. Este discurso no es cual lo queria yo. No sabriais hablar vosotros conforme lo exije su corazon sublime y el amor mio.—¡Amigos débiles! Id: gozad de vuestra libertad y vuestra fortuna. Dejadme á mi en mi miseria; muy mas grande por cierto en mi miseria, que vosotros en vuestra elevada fortuna. Id.

NOCHE XXIX.

El sol nace. Los vecinos artesanos salen á sus fae-

nas, y el aldeano laborioso los ha anticipado de muchas horas. ¡Ah! vosotros, á despecho del sudor que chorrea de vuestras frentes, no sois miserables. La noche os anuncia el cumplimiento de vuestros trabajos y el refocilamiento del descanso.

¡Yo sí que soy miserable! Un dia tambien solia yo levantarme solícito á la manera de vosotros, y á menudo me anticipaba. Sentíame entónces inflamado del estro, caro y fatal presente que el cielo me hizo al nacer, y alegre componia versos.... aquellos versos que harán mi gloria cuando yo no viviré ya, y harán la gloria de la Italia entera en todos tiempos. Jamás sentia el cansancio: trazas suyas no se verán en mis versos. Me detenia, sí; mas para retocar, para embellecer cuanto el subitáneo entusiasmo me inspirára. Llegaba luego el mediodía. ¡Oh! cuántas veces pasó sin yo sentirlo, y proseguí arrebatado en sabroso éxtasis mi trabajo, que no interrumpia despues hasta la llegada de la noche!

Entónces, en medio de los caros amigos repetia en alta voz el sonoro canto que en el silencio del retiro habia creado. Ningun dia era para mí mas hermoso, que aquel en que habia adelantado en mi carrera.

¡Oh mudanza! encerrado aquí desde tantos meses, no veo mas resplandecer un rayo de aquellos dias: no mas siento en mí vigor para el canto, ni deseo de tenerlo. Frio silencio y lobreguez me rodean. Mis sentidos yacen amortiguados y mi alma helada, adormecida.

¿Adormecida? ¡Ojalá lo estuviese! Diria—Largo trecho has corrido ya; tú sola has hecho mas que millares juntos de hombres amados de las musas. Descansa pues: ha llegado el tiempo de tu descanso.

Mas ¡ay de mí! esta ánima en bien diverso estado ha caido. Juguete infeliz de una pasion bella en demasía, cuanto desgraciada fluctúa muerta en un mar proceloso que la perfidia entumece y trastorna siem-

pre mas, sin que ningun rayo, nuncio de calma, parezca. Acumuladas la una encima de la otra, las olas se alcanzan, se aglomeran, y mujiendo amenazadoras me arrastran á naufragar.... ¡Cielo! tú sabes á donde; yo no! que aturdido con el tempestuoso fragor, perdido en la horrenda noche de la tormenta, ni playa veo ni escollo, y la muerte que sola queda, todavía parece que se aleja ella tambien, satisfecha de haberme aterrado.

¡Ay! ¿hasta cuándo durará esto? Bien sé yo que hay una estrella en el cielo, de admirable resplandor, un breve rayo de la cual, si las demás nubes le permiten paso, iluminará no solo mi camino sino el universo todo, y nuevo riente aspecto de cosas aparecerá al momento, y duradera serenidad, y dia.... dia de vida y júbilo.

¡Oh estrella, que con tanta confianza invoco! ¡Oh tú, esperanza sola y solo bien de esta alma afligida! yo te conozco. Yo sé que has salido ya de tu oriente y que mucha parte has corrido del cielo, y fija en el sitio que te es destinado, allí brillas segura de ti misma, y en ti encierras la fortuna mia. Pasajeras son sin duda las nubes que te cubren. Tu luz, cuando quiera que sea, brillará con nuevo esplendor: yo retornaré á la vida y al contento.

¿Quién entónces mas feliz que yo? Pocos instantes te ví en otro tiempo; bien recuerdo cuánta felicidad manó entónces sobre el alma mia. Y entónces no otra cosa mas que el poder de tu beldad me daba vigor y razon. Extasis sublime es aquel en que un objeto eminente nos arrebata: necesario es el afecto que de él nace.

Ahora soy arrebatado léjos de ti, y solamente porque te amo. Toda la amargura siento de esta ausencia, mandada bárbaramente por voluntad tiránica. Y por esto toda la alegría sentiré al verte, cuando abierta la salida de esta mansion infame, pueda,

cual lo suspira mi corazon ansioso, ir á encontrarte. Y el súbito entusiasmo mio y el deliquio en que caeré, te atestiguarán mi inmenso padecer presente y el amor... ¡oh! el amor que en la tierra, no, hasta aquí no ha tenido par, ni lo tendrá nunca jamás.

¡Torcuato! vendrá, sí, vendrá el momento en que la noche que te circunda, cediendo á la lumbre de tu benigna estrella, se desvanecerá. Tornaré entónces á ver dias bellos y serenos, cual en otro tiempo los tuve. Mas serenos y bellos los tornaré á ver y retornará el estro antiguo, y entonaré cantos dignos de la celestial señora mia, dignos de mi amor.

¡Oh sol! acelera tu curso y corre solícito á encontrar el momento que aguardo. ¿Sabes tú con qué ansia le espero?

Yo hablo al sol ¡Mísero!....

¡Ay de mí, la naturaleza es sorda á mis invocaciones.

NOCHE XXX

He salvado el honor; he trabajado por la gloria. El infortunio no me ha perdonado: ¿tengo yo la culpa? mis enemigos tampoco han podido perdonarme las dotes con que naturaleza me ha favorecido. ¡Ay de aquel á quien es concedido tan funesto perdon!

Los trastornos del pais.... los sucesos de un príncipe desgraciado.... ¡Oh padre mio! todos hemos tenido la fortuna enemiga.

¡Separado de ti desde mis mas tiernos años... unidos por breves instantes y condenados luego á estar para siempre lejanos el uno del otro....! Deja una naveeilla en un mar tempestuoso, sin piloto que la rija, presentando ora un costado ora el otro á los ásperos vientos enfurecidos, flotará algun tiempo sobre las olas; pero como, si por acaso no se estrella antes contra un escollo, ¿cómo podrá jamás tomar un puerto seguro?

Contempla en esta navecilla al hijo tuyo. ¡Ay! lejos, lejos de mí un lamento. Pero tú no has podido ignorar mis pios sentimientos. Tú lo ves todo desde la eterna luz en que vives. ¡Oh padre mio! Tu Torcuato es infeliz, pero no culpable.

Ardí en demasiado amor.... Pero no creé yo en mi corazon la llama fatal. Una fuerza mas poderosa que yo la creára. Menester fué que yo la obedeciese.

Alzate, mujer celeste, álzate: á ti atañe mi defensa, á ti que no te ofendiste de mi amor.

Y ¿sabe nadie hasta dónde lo llevé yo el amor mio?—Ved ahí la tabla inmensa en que están escritos los delirios de los hombres. En ella tambien están señalados los mios. Y bien ¿qué dedo indicará la línea mas allá de la cual no era permitido estenderme?

Santo es el alto objeto de mi amor. ¿Habríalo yo profanado? ¡Padre! ¡oh padre! pronúncialo tú con tus puros labios.

¡Ah! vendrá dia en que uniéndonos en la celeste morada, do vives inmortal, oiré la sentencia. Yo espero é invoco aquel dia. ¡Ay! si en pro de un hijo pueden algo tus votos, apresúralo. Parte tuya soy: y ¿cómo podrás tú dejarme atrás en el incierto y fatal camino en que ya irremisiblemente me pierdo, si tardas en socorrerme? Contempla el trance horrible en que me hallo: contempla los males tantos que se han agolpado sobre tu Torcuato. No te hablo del corazon. ¡Mísero! ¡cuantas saetas le desgarran! De la mente mia te hablo. Y ¿qué le queda al hombre á quien la mente le es quitada?

Esto es una impostura. La ha fraguado un tirano; pero en Italia se ha esparcido la voz. ¡Dios! y yo me hallo desgraciadamente en un sitio reservado para

aquellos que han perdido el conocimiento de sí mismos.

¡Infames! con tan vil pretesto cubris la negra trama.

¡Oh! si tienen los cielos cura de los justos, ¿por qué tarda tanto la venganza que demando? y si parte de este cuidado es el libertarme del tratamiento indigno que sufro, ¿por qué, poderoso Dios, no me llevas en tu compañía?

¡Tasso! espera; la esperanza endulzará tus quebrantos.—

NOCHE XXXI.

¡Torcuato! ¿en donde estás? ¿En donde?—Yo estaba antes en la corte.... Deseo de conocer jentes y de ser conocido; ambicion de fama; sed de aproximarme á los grandes y de obtener su favor.... ¿Favor de los grandes?....

Sí, toda la Italia encomiaba á los *Estenses*. Allí, deciase, reina en menor fortuna un Augusto, no contaminado con la infamia de las proscripciones. Su palacio está lleno de los mejores injenios del siglo. El los alhaga, los favorece, los honra. Vamos allá: seamos el Virjilio del tal Augusto.

Yo vine, ¡Oh; ¡cuán sujeto está el hombre á alucinarse! Magnificencia, profusion, lealtad.... ¿Qué es lo que no me pareció ver? Aquí encontré cien hombres eminentes, de quienes dos solos serian bastantes á dar renombre á su siglo. Aquí encontré memoria de otros ciento. Engañados estarán tambien los venideros, y dirán de nuestra edad, que fué bella como la de Péricles.

No sé la historta de la corte de Péricles. Mas no por cierto he leido jamás que filósofo, orador ó poeta, ido a Atenas para celebrar la virtud de aquel príncipe, hubiese sido por su órden echado en prision. Y ¿no es prision esta en donde tú yaces infeliz? Sal de ella si tanto puedes.

Ay de mí! ¡prision es pues!—¿Por qué?.... ¿Intenté acaso una traicion? ¿Conjuré? Nada medité de semejantes cosas.

De su familia una.... yo la ví.... una vírjen la mas bella.—Verdad es. ¡Ah! ¿porqué ví? ¿Delito es por ventura verla? A par de mí la vieron todos los cortesanos. Yo fuí osado á amarla. ¿Es delito el amarla? ¿No debe pues ella ser amada? ¡Ah! por esto la hizo el cielo tan hermosa.—¡Cortesanos! ¿no la habeis amado vosotros tambien? No, no; yo solo la amé, yo solo. He aquí mi delito.

Encarceladme, encadenadme, atormentadme, matadme. Obstinado estoy en mi delito; yo la amé.... la amo. Pereceré, mas la amaré mientras tenga aliento. Y si se me quiere abreviar la vida, á fin de que cese mi amor, yo lo redoblaré de manera, que en menos espacio de tiempo lo absorva todo, y contenga el sentir de luengos años. Amor es fuego; provocaré dentro de mi seno un incendio. Veránse salir llamas de este pecho, levantarse en derredor, llenar esta estancia, todo el lugar. Yo quedaré ceniza, y quien vendrá despues á contemplar esta ceniza, leerá dentro mi inmenso amor, y la mirará con temor sagrado. y ni aun discurrido un siglo, podrá jamás entibiarse, jamás.

Mas qué: ¿finirás tú pues, ó Torcuato? ¿Finirá tu amor? ¡Qué negro pensamiento! El amor tiende á la eternidad. Para un corazon prevenido, ¿qué es la idea de la muerte? Mucho peor que la muerte es la idea de que tu amor pueda tener fin....

El mio no lo tendrá ciertamente. Una parte es de mi mismo que vencerá todos los tiempos. Libre del frájil despojo que ahora le rodea, volará al seno in-

menso de la eternidad, do igual constantemente á sí misma, é inmóvil en su meditacion, ni gradacion ni mesura conocerá ella jamás. Un pensamiento solo será su vida, un solo pensamienio no mezclado con otro alguno, no interrumpido por ningun otro, perene, continuo, único—el pensamiento de la mujer sublime que yo adoro. Este pensamiento será un afecto, é identificada en él mi existencia será tambien un sentimiento ó una cosa mejor, manantial de vida, de contento, de beatitud, que formará mi todo.... y siempre.

Agravad pues mis males presentes, ¡ó crueles! Quitadme el aire que respiro, así como ¡oh bárbaros! quitado me habeis el semblante que me daba alegría. No haceis mas sino apresurar el momento de mi dicha. Contemplo ya su grandeza.

¡Oh tú, alto objeto de mis deseos!....Mas.... antes de ir á contemplarte en el lugar do mora el arquétipo de toda belleza terrenal, ¡ay! pueda verte una vez aun! Téngote presente, verdad es, á cada instante: tus divinas formas, tus celestiales hechizos, el semblante sobrehumano, los modales, las gracias, todo lo veo delante de mí, puesto que estés lejana: mas el tornar á verte por una vez sola, sería para mí un gran bien. Me grabaré en el corazon, en lo mas íntimo del corazon me grabaré las agraciadas formas, los dulces modales.... y aquellas palabras con las cuales tan viva conmocion, tan dulce estremecimiento esperimentó esta alma desde que te viera, que las undulaciones duran todavía, todavía el sacudimiento hace latir el pecho ajitado.

¡Ay de mí! ¡no tornaré á verla!... ¡nunca jamás la tornaré á ver!—

¡Corte engañadora! He aquí lo que vine á buscar en Ferrara! ¿Quién me sujirió el execrable designio?

Oh vosotros, que de la naturaleza habeis recibido un corazon tierno, huid lejos de esta tierra. Enemiga es de los hombres y del amor.

NOCHE XXXII.

No corre para todos los hombres con iguales pasos el tiempo medidor de los dias. El cortesano encuentra breves las horas y fujitivas. Oye sus quejas. Quisiera ir saboreando á tragos las delicias de su fortuna; y entretanto tiembla, presintiendo el vecino llamar de aquel instante fatal, en que desde lo alto do le encaramó la fortuna, jirando la rueda, le echará cruelmente en el fondo.—

Por lo que á mí toca, con tardos pasos sigue el tiempo su carrera. Luengos son los dias, luengas las horas, y ¡oh! ¡cuánto se tarda el momento de mi libertad.

¡Libertad! ¡Cielo! ¡y es fuerza que el inocente haga uso de esta palabra en el pais de la tiranía! Yo he hecho votos.... Cada aliento mio es uno, y aquel momento no llega! ¡Qué puedo ya hacer! Morirme. ¿morirme?...

¡Què negras sombras me circundan en torno! ¡Qué horrendas fantasmas tengo delante! La muerte está aquí. Nuncios son esos de la muerte. ¡Torcuato! tiéndete aquí. Esa postura es conveniente á tu dolor. Estas manos deben estar encima del pecho. No, no; á la siniestra: aquí donde palpita el corazon. Inclinada esté tambien la cabeza á este lado. Empero ponte aquí al frente de la puerta y vea toda mi persona el que primero ponga el pié aquí dentro.—

Yo me imajino aquel instante primero en que vendrán para verme.... Vendrán, sí, á la nueva de mi muerte.

¡Cielo! no permitas que sea yo uno de aquellos muertos sin espresion.—¡Eh! no, no seré yo uno de aquellos.

Mi fisonomía, puesto que pálida, presentará, no lo dudo, los animados contornos del dolor. Dirán: los muertos no padecen; y cómo conserva esta todavía encrespada la frente, convulsas las mejillas y temblorosos los labios! Miradle, tal se presenta!

Y ¿por ventura ignoráis vosotros el martirio cruel que consumió esta alma? ¿No sabeis que amó él mas allá de las humanas facultades; que amó cual aman las intelijencias despojadas de la vestidura mortal; y que en él la mortal vestidura no sirvió mas que para irritar el mismo amor suyo, el cual, engañado por los hombres y por el mismo cielo, se convirtió despues en tal dolor que le matara?

Mi cadáver se va á trasladar. Entónces afectarán compasion hácia mí. ¡Qué pompa de funerales! ¡cuántas luces! cuanto cortejo! Ferrara toda acude á competencia. Vamos á ver á Taso.

Se recordará que fuí gentilhombre, honrado en la corte del duque; que en mucha estima viví en esta y otras ciudades de Italia; que fuí reputado por un talento feliz; que acrecenté esplendor á las letras; que ilustré mi siglo.

Despues se dirá que jamás dañé á nadie; que á muchos hice bien; que si pronto fuí tal vez á irritarme, pronto fuí siempre á la calma; que los delirios de la imajinacion fueron inocentes....

Callad; no he menester yo vuestros inútiles elojios. Ni uno me haceis que de mí sea digno. ¡Que! ¿no hablais de la perversidad de mis enemigos? ¿No hablais del asesinato cruel que me ha conducido al sepulcro?

¡Aduladores! ¿aun con los finados usais vosotros injusticia?

Pronto: hundidme en la ciega hoya do han de perderse mis miembros. Alejadme de ese aire emponzoñado. En aquellas tinieblas no os veré mas; no os oiré mas. Allí, si no tengo paz, no recibiré al menos ultrajes,

¡Oh Torcuato! Llegado has por fin á tu eterno albergue. ¡Infelice! ¿para que has vivido pues?

Una voz me dispierta. ¡Ah! no he muerto todavía. Siento una voz. Lánguida es empero y balbuciente. Levanta mas tu acento, voz benigna y hazte sonora. La amiga voz se aproxima. ¡Gran Dios! haz que no me engañe. ¡Seria verdad que hubiese tocado yo el colmo de la miseria para levantarme luego de repente al de la felicidad! ¡Qué oigo! mis ojos no distinguen el objeto que tengo delante.... Lo distingue mi corazon.... ¡Oh!.... ¡eres tú....! El aliento me falta. Tiéndeme la mano. ¡Ay cuan suave es en este punto la muerte!

NOCHE XXXIII.

Ve: atestigualo al universo mundo. Tú has quedado atónito con la inmensa luz que súbitamente rompió las tinieblas de la pasada noche. ¿Has visto....? ó tus ojos vulgares y tus groseros sentidos.... ¡miserable! ¿no han permitido disfrutar del divino espectáculo?

Bien presente lo tengo yo, que lo contemplé todo y aun tuve parte en él.

El Dios tutelar del Taso, dije entónces se ha avergonzado al fin del abandono en que yazgo.

Un brazo sobrehumano me arranca del lecho, sordo testigo é inútil de mis suspiros y de mi llanto. Todo se muda en torno de mí: las paredes de esta estancia se deshacen como blandísima cera. Una luz me rodea esplendorosa cien veces mas que la del sol de julio, y tan muelle y suave, que alhagando dulcemente mis sentidos, de un deleite inefable los colmaba y embriagaba.

Ven.—Sentado estoy sobre un carro de fuego. Ferrara, tan altiva con su vasto circuito y con sus torres, se pierde ya de vista. El Pó soberbio, que es osado á luchar con la mar, el Pó por un momento toma la forma de un blanco y estrecho sulco; luego se confunde en la sombra. El carro entretanto se levanta rapidísimo entre las nubes: yo me hallo en los espacios inmensos del éter. ¡Oh! solo elemento digno de los elevados espíritus.

Vamos á donde nos llama un destino mejor. Debia finalmente amanecer, ¡oh Tasso! el dia de tu triunfo. Sí; lo he alcanzado; el cielo es quien me concede tan fausta suerte, deseada tanto tiempo hace, y bien sabes, si por mí merecida.

Ella vuelve hácia mí sus miradas: el alma tiene retratada en sus ojos.... ¡toda el alma! ¡Oh! verdadero fuego es aquel en que me abrasas, oh divina mujer, mientras me ciñes con tus brazos. En la tierra do ardí mucho, nunca probara tan viva sensacion, ni tan deliciosa. ¡Silencio! Subamos mas, y el aura de esas rejiones celestes, purificará cuanto haya quedado de terreno en tu amante.

Cercano está el arco de los bellos colores del iris. Los blancos cáballos, conductores del carro, mueven con mas vigor las estendidas alas hácia aquel arco. Una ráfaga de nueva luz brota improvisamente del centro del mismo, y la rompida nube presenta en el abierto seno un nuevo prodijio.

He aquí, he aquí el término de la nueva carrera. Mejores comarcas nos aguardan, en donde, no la negra desconfianza contamina los puros afectos, ni los oscurece la envidia, ni el orgullo los persigue. Mira las risueñas márjenes y las moradas seguras, donde entre el aroma de los mirtos consagrados al amor, el amor nuestro se alimentará de sí mismo y á sí mismo se bastará.... Muchedumbre amiga se apresura á encontraros.... Descendamos. ¡Oh felicidad! Todo lo pasado se anonada en mi pensamiento. Ni la oscilacion de un punto solo viene á turbar mi corazon. ¡Oh mia! mia, sí, que ya no mas me será disputada: abrázame. ¿Es un dios quien me concede tu posesion? ¡oh eres tú! ¿eres tú?

—¡Ay! muere: muere, y librate de la verguenza de ti mismo. ¿Qué cosa te acesta? ó ¿de qué otra cosa tienes necesidad?

¡Oh! tiempo hace que esa necesidad infausta me atormenta, y no tengo valor.... No... ni aun de morir.

¿Soñè tal vez? Y ¿cómo creeré un sueño lo que veia con estos ojos.... ¿lo qué con estas manos?....

Habia ya puesto el pié en tierra. A ella, que en acto de descender se habia levantado, daba entónces la mano. De estas cosas me acuerdo tan bien, que el dudarlo seria necedad.

¡Ah! debia, al descender, apoyarla contra mi costado; los malditos bribones, tomando de nuevo el camino de los vientos no me la arrebatarán. La culpa es mia.

Empero tú.... ¡oh tormento execrable y amado! ¿cómo es, que creado para conservar la naturaleza, para dar vida á los corazones, te conviertes tan á menudo en ponzoña, y te haces peor que la muerte?

Que nadie hable ya mas del amor. Desterradle de la tierra. No es este su lugar. En el infierno.... Allí, allí tiene el lugar suyo.

Mas tú, á quien yo finalmente poseia.... ¿á dónde has ido? ¿á quien has sido concedida?... ¿tornaré á verte?

Hablad me de ella.... solo y siempre de ella.... Ni de otra cosa puede ocuparse este lacerado corazon; ni de otra cosa, aunque pudiese quisiera ocuparse.

¡Oh! todo se oscurece; el suelo bambolea. No puedo tenerme. He aquí el fin de mis infortunios.

NOCHE XXXIV.

¡Libre yo!— no, no deliro. Abierta de par en par está la puerta. Claras son las palabras que ese me ha dicho. Estoy libre.

¡Oh cielo! ¿qué es pues lo que hice? ¿qué pensé hasta ahora? No lo recuerdo. Un sueño.... ¡qué largo sueño!

¡Ah Torcuato! ¿seria posible? ¿En tanta miseria hubieras caido?.... Preparémonos á partir.

Mas ¿que papeles son esos?... Los depositarios de mis delirios. Id destrozados en mil pedazos, juguete de los vientos, ó desgraciados testimonios de mi debilidad. No reste memoria ni de vosotros ni de mi verguenza.

Pero, quedad. Jamás fué vergonzoso el amor de un objeto eminente, y santo debe ser para todos el inocente desahogo á que mi espíritu se abandonara.

Quedad pues.

He recorrido esos papeles. ¡Qué tremenda enfermedad es el amor! No quisiera otra vez esperimentar sus rigores.

Vano es empero el disimularlo. Muchos atractivos tiene para una alma tierna esta enfermedad terrible. Esas mismas hojas en que no hay recojida mas que alguna leve chispa de la ciega llama que me abraza, esas mismas hojas que escitan una cierta conmocion deleitosa. ¡Ay! ¿sabréis sentir á par de mí vosotros que conoceis el amor?

Hay sin embargo un pequeño número de hombres de rijidos y severos principios. Esos oirán con ceño que Taso haya muerto para la razon algun tiempo. Escondamos á ésos estos papeles. Sacarian de ellos argumento en demasia duro para mí. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

(*) Mas un dia verán la luz. Yo no seré ya entre los vivientes. Entónces serán leidos con ansiedad. Ojalá sobre todo que sean leidos con aprovechamiento. ¡Grande leccion he dado yo con estos delirios!

(1) *No ha sido posible leer entero este pasaje en el manuscrito.*

Fragmento

DE ALGUNOS RECUERDOS SOBRE EL TASO,

escrito por Luis Ciconi.

POETA ITALIANO.

Despues de haber procurado penetrar el espíritu poético de Taso en su *Jerusalen libertada*, hemos contemplado el carácter de Reinaldo siguiendo el pensamiento del sublime cantor en sus luminosas sendas, mas ¿esperarémos poder definir la naturaleza de su jenio? Vano esfuerzo seria. ¿Quién será capaz para señalarme los límites de imajinacion tan encumbrada? El alma de Taso era tan grande que pudiera abrazar al universo; y lejos estamos de saber cuántos pensamientos concibió su espíritu, cuántos sentimientos se desarrollaron en el secreto de su pecho, sin que su voz ni su pluma la esprimiera.

¿Quién podrá penetrar aquellos sus misteriosos coloquios con un espíritu que creia

tener de continuo delante de él? Ajitado, trasportado caia en una especie de fiebre que le abrasaba: su mirada heria como el rayo: su rostro pálido hacia traicion á su alma atormentada, y entraba en discusiones filosóficas que le eran familiares, merced á la profundidad de su talento y de sus estudios. Hállanse en sus obras muchos discursos de política y de moral que descubren al grande escritor, cuyo pensamiento fatigado y enfermo por la tormenta de pasiones inmensas, pasaba á una exaltacion mas dulce y mas tranquila, revestida sin embargo en su estilo de galas tan espléndidas como la epopeya misma, que sorprenden al lector por su majestad y hermosura.

Desplegóse su jenio poético muy prematuramente, y á la edad de 18 años produjo el poema de *Reinaldo*, en el cual brilla rodeado de toda su luz en la aurora de la vida del poeta, cuya fisonomía anunciaba en su palidez seductora el precoz trabajo del espíritu mezclado con una cierta melancolía que sus dias cubrir debiera como un velo sombrío, y dominar en todas sus producciones literarias. No obstante, su primer ensayo exhala todos los perfumes deleitosos de la juventud, un tejido de hazañas y de amores, y reune la inspiracion de todos los escritores de la caballería.

El corazon de Taso no se habia abierto todavía á las pasiones: su imajinacion iba siguiendo el rastro de otros autores, y como versatil abeja pasaba sobre todas las flores y voloteaba por los aires: la época dolorosa de su vida no habia llegado aun. Diríase que para lograr enerjía, facundia, inspiraciones orijinales nuestro poeta habia elejido para su musa el dolor. Sí, este dolor sublime que no es capaz de sufrir el hombre vulgar, el cual cuando no sucumba á su enorme peso se vé por él llevado á revelarse contra el cielo; este dolor es muchas veces un don que concede Dios á las almas privilejiadas. ¿Quién ignora que los mayores talentos le deben aquel misterioso encanto, aquel poderoso interés que penetra hasta el fondo de los corazones? Parece que la voz del dolor encuentre ecos en todos los pechos. ¿Quién nos demostrará la razon de esta simpatía universal hácia aquellas almas, cuyos errores llevan el sello de la tristeza? Cualquiera, por enéptico que sea, es preciso que reconozca que el sufrimiento encierra en su seno los misterios mas considerables de nuestros destinos. La única razon plausible del amor de la humanidad para con los poetas desgraciados es la idea de la espiacion revelada por el cristianismo.

Caida el alma por el pecado, no puede volver á levantarse sino por medio de los

sufrimientos, y solo así se remonta purificada y radiosa hasta el Criador. De las terribles luchas que el hombre de jenio sostiene contra la adversidad brotan imájenes y sentimientos llenos de un frio y seductor colorido, y tales son los tesoros de poesía esplotados por todos los escritores que pintan la vida del hombre.

Convencióse Lord Byron que el sufrimiento puede dar un gran vuelo á la fantasía y procuró respirar como en una atmósfera de desgracia, aunque nadaba en el seno de la opulencia y de toda la molicie de Inglaterra. En sus viajes bajaba de una rica carroza que hacian volar caballos llenos de fuego, y abismábase por entre las tinieblas de los bosques, por donde vagaba reconcentrado en sí mismo, buscando tal vez allí el murmullo de las hojas y de los arroyos, los gorjeos de las aves, y los suspiros misteriosos de la naturaleza, á los que nuestro Taso habia abierto toda su alma en sus melancólicos raptos. Lanzábase el poeta inglés entre las ondas espumantes del Helesponto, que fueron el sepulcro de Leandro, mientras que un esquife flotaba á su lado sobre las ajitadas olas, para ofrecerle un asilo en caso de peligro. Montado sobre un corcel indómito y que respiraba llamas, se arrojaba al través de llanuras inmensas como para sentir algo de aquel terror que se figuraba ha-

ber ajitado á Mazeppa: mas la naturaleza que le rodeaba, negaba ese pávulo á los bellos delirios de su imajinacion. Deslizábanse sus ojos sobre el fresco verdor de selvas frondosas, risueñas colinas y cascadas brillantes que brotaban sobre el muzgo. Ningun precipicio amenazaba devorarle, ninguna fiera salvaje hacia sonar cerca de él su horrible rujido.

Esta manera de buscarse inspiraciones se parece algun tanto á aquella naturaleza facticia que se procura remedar en recintos calientes, cuando entre los yelos del invierno quieren hacerse brotar flores de primavera. Como tales productos son forzados, carecen de su natural hermosura; al modo que la poesía que resulta de ciertas impresiones buscadas carece del frescor y del perfume que le son propios, y dejan ver el estudio y el artificio. En efecto, los cantos de Lord Byron ofrecen pasiones caprichosas y muchas veces imposibles, que una imajinacion enteramente fantástica se ha esforzado á producir en su corazon: no hay naturaleza, no hay verdad en sus héroes. Y ¿porque? Porque en medio de los placeres no es posible forjarse un dolor á su gusto por algunos instantes.

Mas ¡ay! Dante, Taso, Camoens apuraron hasta las heces la copa amarga del infortunio. Para el Taso, sobre todo, la vida

no fue mas que una prueba prolongada de dolor. El amaba, y el objeto de su amor era una persona á la que no debia haber elevado el pensamiento. ¡Qué penas no le costó una pasion á la que se abandonó con todo el ciego ardor de un italiano apasionado profundamente!

He aquí porque los suspiros que se exhalan de su pecho resuenan en todo el orbe literario. Reprodúcese á sí mismo en todos los personajes que pinta en sus versos. ¿No le reconoceis bajo el disfraz de Tancredo, que jime de dolor porque Clorinda, de quien está perdidamente enamorado, no le ama? Tan severa como esta mujer muéstrase Sofronia con Olindo, aquel amante tan ardiente que inventa una mentira que le cuesta la vida para salvar los dias de su amada. La pobre Erminia no es mas feliz que los otros personajes, obstáculos de toda especie se oponen al vuelo de su pasion, y el eco de los valles repite sus doloridos acentos.

No contento el Taso con pintarnos guerreros enamorados, se ha cebado en describir esta pasion bajo otras formas, presentándonos pastores. En su drama pastoral, Aminta ama á Silvia; mas esta jóven está consagrada á Diana: no busca mas que fuentes, praderas y bosques. El gusto por la caza es en ella mas poderoso que el amor, y en todas partes debe su libertad á un esfor-

zado pastor que la arranca del poder de un sátiro. Aminta en el colmo de su desespero se precipita de lo alto de una escarpada roca, pero no muere, y en este punto es cuando Silvia se ablanda, se enternece y consiente en admitirle por esposo en el templo del dios Pan. Diríase que su amor, oculto en el fondo de su alma como una chispa en la piedra, brilla de repente y se desarrolla.

Llégase á este desenlace por una serie de escenas bellísimas, cuyo estilo tiene el encanto de la sencillez y del candor. La pluma de que se servia Taso para escribir sus versos, habia caido sin duda de aquella paloma citada por Anacreonte, y que venia á posar sobre su lira de armonías. Este opúsculo es el fruto de una imajinacion que recorre toda la escala de todos los seres creados para darles á cada uno voz, y esta voz es siempre la de su alma; es la pasion desdichada que devora su vida y fecunda su talento, pues para él el amor se presenta bajo todas las formas, existe en todas partes, es la vida del universo.

Mas no olvideis que los cantos de nuestro poeta son tan solo la espresion mas ó menos viva del dolor; y para sondear y conocer este dolor en toda su estension, y despojado de las galas poéticas, es preciso visitar el Taso en su prision de Ferrara. Desde esta mansion, cuyo aspecto hiela todavía de

horror al viajero que le visita, escribió á un grande personaje de la corte pidiéndole medios los mas ordinarios para alimentarse y vestirse. ¿Quién no derrama lágrimas con la lectura de estas cartas que se hallan entre los manuscritos de la biblioteca de Ferrara? Pero su corazon estaba reservado para pruebas aun mas crueles.

La gloria, su mas bella, su más querida ilusion con la que habia siempre alimentado su fantasía, debia ser atacada por censores los mas violentos y encarnizados, hasta probar despedazar en la frente majestuosa del jenio las hojas de un laurel inmortal. Los académicos de la Cruzca hicieron los mayores esfuerzos para oscurecer el resplandor que despedia la obra mas bella de la época. Así que, exaltado por las inspiraciones, fatigado por los trabajos y oprimido por las pasiones, el espíritu de nuestro poeta pareció que se desvanecia, y que perdia la razon. ¿Mas cómo puede sospecharse enajenacion mental en un hombre que, lejos de sucumbir á los terribles embates de una crítica injusta, vuelve á formar su grande poema de la *Jerusalen conquistada* con la misma facilidad y acierto con que un niño, despues de haber borrado un dibujo trazado sobre la arena, vuelve á hacer otro?

En medio de tantas desgracias, la desesperacion cuyo grito está para escaparse de su

corazon, queda sufocado ó dulcemente comprimido por el pensamiento relijioso. Así es como en sus personajes no consiente que la pasion llegue hasta el estremo. Aminta, despues de haber probado darse la muerte, entra en una vida toda nueva, embellecida por el amor. Armida, en el momento en que intenta traspasarse el corazon es salvada por Reinaldo, y el noble guerrero le da esperanzas de serle esposo si abraza la fe cristiana.

Tancredo, despues de haber quitado la vida á Clorinda, á la mujer de sus pensamientos, contra la que habia dos veces combatido tomándola por un guerrero, se abandona, es verdad á todo el esceso de su dolor; pero la palabra del ermitaño logra restituirle el imperio de la razon.

¿No es verdad que un sentimiento relijioso domina siempre en el alma de nuestro poeta? Manifiéstase este sentimiento así en sus pasiones como en sus poesías. Hay en el cielo un bálsamo dulcísimo que consuela y cura todos los males de la vida. Así que en la *Jerusalen conquistada*, escrita en medio de los tormentos mas atroces que desgarraban su alma, se advierte mas resignacion y dulzura que en las demás obras suyas. En esta produccion inmortal ocupan un lugar vasto y eminente la historia y los dogmas del cristianismo, los amores brillan con modestia,

y no absorven la primera atencion del lector.

En el poema del *Mondo creato* es donde especialmente se sublima este grande jenio á las mas elevadas rejiones del pensamiento cristiano. Remóntase al oríjen de todas las cosas terrestres para considerarlas puras y libres del fardaje con que las ha envuelto la corrupcion humana. Aunque esta fué su última obra, la imajinacion se despliega en ella con fresco y risueño colorido, cantando la primitiva juventud del universo, cuando la naturaleza estaba llena aun del soplo de Dios y las plantas y los animales parecieron sobre la tierra, y fué criado el hombre como el rey de este planeta. Este poema es como el canto del cisne, un himno relijioso que entonó el poeta antes de morir.

Fatigado de luchar con la pedantería, el odio, la envidia y todas las pasiones que maquinaban de continuo para cortar las alas trasparentes del jenio, era sin embargo grande, jeneroso y arrebatado, y tenia un alma de fuego. Mientras los pedantes le perseguian bajamente, el siglo le hacia justicia, y fué acojido en la corte de Cárlos IX con una especie de triunfo. Sin embargo, no se hallaba satisfecho, divagaba de ciudad en ciudad, y un raro capricho le encubria á los ojos de la multitud bajo el velo de un disfraz. En Sorento no le conoció al verle su

hermana, pues el poeta habia de antemano procurado el placer de observar en ella los efectos de una dulce sorpresa.

La fortuna parecia haberle hecho su juguete. Habia ya puesto un pié en el templo de la inmortalidad, y sufria los ataques de los espíritus mezquinos, como si fuese un escritor mediano. Cuando se hallaba en la corte de Este, célebre por la proteccion que dispensaban los duques á las letras y á las artes, jemia en el dolor y en la miseria en medio de placeres y de regocijos.

Francia y Roma se disputaron el honor de ornar sus sienes con la corona de poeta, y Taso preferia la gloria que se le preparaba en el Capitolio. A la víspera de su triunfo, la muerte le arrebató de esta tierra, y brilló su frente con la aureóla de una luz inmortal. ¿Llamarémos á esto un juego de la fortuna? No. Es el designio de la providencia que nos quiso presentar el verdadero tipo del jenio; su patrimonio fué el sufrimiento que encerró todo entero en su corazon, así como concentró en su entendimiento la mas sublime espresion de la intelijencia humana.

El Taso, además, representaba la Italia, y esta se hallaba personificada en el grande escritor. Llena de vida, y llegada ya al apojeo de su gloria, empezaba ya á declinar; debilitada su enerjía militar, no tenia valor para rechazar á los estraños, y las bellas artes que

habian embellecido la naturaleza con los encantos del mundo ideal, caian ya en el mal gusto: en todas partes se descubria el jérmen de una decadencia universal. El Taso reunia en sí solo el último resplandor de su patria, reflejando á la vez cierta melancolía producida por un vago presentimiento del funesto porvenir que amenazaba de cerca á toda la Italia.

Su estilo está lleno de brillantez, y algunas veces de gracia, mas se notan en él frecuentes abusos de palabras, de pensamientos, de imájenes, porque el jenio pedia al arte inspiraciones nuevas: pareció la filosofía, y reclamó en el Parnaso un lugar. El Taso creó una poesía mas vital, mas fresca, mas sublime: inventó el arte de pintar los caractéres, y dió el drama al mundo literario; pues que los episodios de su poema son otras tantas trajedias.

Los amores de Olindo y de Sofronia, la muerte de Clorinda, las aventuras de Herminia y de Armida presentan todos los caractéres de una accion dramática. ¿No es muy curioso ver en la Aminta una écloga puesta en escena con una intriga y un desenlace lleno de interés? Admira sin embargo, que el mismo poeta haya decaido en su trajedia de Torrismondo, obra muy débil, ya en la invencion ya en el estilo.

Tal vez esto proviene de la misma natu-

raleza de los Italianos mas á propósito para crear un poema que un drama, pues las trajedias de Alfieri no se hallan al elevado nivel de la *Jerusalen libertada*, del Rolando furioso, y de la divina comedia (1).

Despues de la aparicion de Taso, astro lleno de luz, todos los poetas se han afanado en imitarle, mas no le han comprendido: pero, ¿qué mucho? Taso era el escritor del pensamiento, y la poesía que floreció despues de él por el espacio de dos siglos, fué en gran parte caprichosa, vacía de ideas y henchida de futilidades.

(1) Permítanos el apreciable autor de estos recuerdos que manifestemos nuestro sentir con imparcialidad, y que defendamos contra su opinion al célebre trájico de Italia. Alfieri nos parece tan grande en la trajedia como el Taso en la epopeya, aunque la sombra de este último sea mucho mas colosal por haber levantado en la moderna Italia un monumento que la hace digna de competir con la antigua. Alfieri nos parece mas correcto que el sublime y caprichoso Shakespeare, mas natural que el estremado Crebillon, mas ríjido que el encumbrado Corneille, y mas nervioso que el esplendido Racine. Tal vez es un poco áspero en sus cuadros, pero suele mezclar todo el terror de la trajedia con la profundidad de la pasion, y participa de aquel sabor del gusto antiguo mezclado con la fuerza de las sensaciones modernas.

FIN.

EMMA

DUQUESA DE RICHEMONT.

PERSONAS DEL DRAMA.

EL DUQUE DE RICHEMONT.
SIR ARTURO VILMORE.
SIR EDUARDO, amigo de Arturo.
SMITH, ayuda de cámara del duque.
EMMA DUQUESA DE RICHEMONT.
BETZY, camarera de Emma.
HENRIQUE HIJO DEL DUQUE.
JUAN, criado de Arturo.
JAYME, criado del Duque.

La escena pasa en Londres.

EMMA

DUQUESA DE RICHEMONT.

Drama en tres actos y en prosa

POR

PAUL DE COK.

TRADUCIDA

POR

F. de P. Ll.

Barcelona:
Imprenta de D. J. M. de Grau,
calle den Ripoll n.° 16.
1843.

Es propiedad del Traductor y de J. O. S.

ACTO PRIMERO.

Cuarto de dormir de la Duquesa amueblado á todo lujo. A la derecha del espectador, una puertecita que dá á una escalera secreta; otra á la izquierda en el foro. A la izquierda una ventana, mesa, tocador, &c.

ESCENA PRIMERA.

BETZY, DOS CAMARERAS.

(Al levantar el talon, las camareras preparan el tocador y ponen el él velas de cera.)

Betzy. (entrando por el foro) Veamos, ¿habeis arreglado el tocador de milady por si se determina ir á la gran tertulia de Lord Canciller?... Oh! á lo que parece va á ser magnífica... *(mirando)* si, todo lo necesario está aqui; nada faltará para su adorno: ahora ya podeis retiraros; si se os necesita, ya os llamaré. *(Vanse las camareras. Betzi examina el tocador.)* Ah! decir que una muger tiene todo cuanto puede desear en joyas, en diamantes, en chales preciosos, luego un magnífico palacio, posesiones, castillo, lacayos con hermosa librea que aguardan sus órdenes.... y decir con todo eso no es feliz. Vaya, que lo veo y no lo creo... y sin embargo hace ya tres años que miss Emma es duquesa de Richemont y en todo este tiempo no la he visto sonreir una sola vez....Oh! yo que la conozco desde muy jóven, y que antes de su casamiento estaba ya á su servicio, sé

muy bien porque suspira, y en quien piensa.... Sin embargo, desde que es Duquesa de Richemont, jamas me ha hablado una sola palabra de lo pasado; pero cuando una muger suspira, siempre es por alguna cosa.

ESCENA II.

BETZY, SMITH.

(Betzy arregla alguna cosa del tocador, Smith entra muy despacio por el foro.)

Smith. *(aparte)* Cosa singular... esto ocultaba algun misterio... yo sabré descubrir...

Betzy. Ola, aquí tenemos el Señor Smith, el Irlandés, primer ayuda de cámara y favorito de Milord.... *(aparte)* No entiendo porque no le ha de haber venido la mania de casarse como á su amo... pues no me hubiera sabido mal... porque no me disgusta... lástima que sea tan lacónico en sus conversaciones.

Smith. Miss Betzy venia...

Betzy. Ah! buenos dias, Señor Smith, en todo el dia no os habia visto... esta casa es tan grande!... entra y sale tanta gente, de modo que no es fácil encontrarse tan amenudo como se desea.

Smith. Venia por...

Betzy. Y luego hay tanto que hacer, vos con vuestro amo y yo con mi ama.... No es que sea incómodo servir á Milady, sino que siempre hay una multitud de bagatelas....

Smith. Os decia que....

Betzy. A proposito, Señor Smith, me han dicho que íbamos á tener otro despensero, porque han encontrado á este bebiendo los mejores vinos del Sótano. Que horror! en una casa en la que todo sobra... porque es preciso hacer justicia al Señor Duque, en su casa nada falta.

Smith. *(casi colérico y tomándole del brazo.)* Miss Betzy, quereis escucharme?

Betzy. Oh! sí, y con mucho gusto, Señor Smith, tengo mucha satisfaccion en oiros.

Smith. Milord Duque me ha mandado aqui para preguntar á Milady si queria recibirle....

Betzy. Mi Señora está siempre á las órdenes de Milord.... Ahora está con su hijo que se hallaba algo indispuesto; pero no veo nada que impida á Milord de venir á encontrar á Milady; y entre esposos....

Smith. Está bien: eso bastaba. *(vá á irse y Betzy le detiene.)*

Betzy. Que prisa teneis Señor Smith! nunca hay tiempo de hablar con vos... ¿Sabeis que vuestro amo está mas amable con la Señora? Ah! es tan galante! el celo que manifiesta á los mas pequeños cuidados.... Vamos, es un esposo de los que hay muy pocos... mirad, le quiero mucho al Señor Duque, y no se lo que haria por él.

Smith. Bien, bien.

Betzy. Si mi señora le mirase con mis ojos... ella aprecia á su marido, pero yo creo que el señor Duque esperaba algo mas casándose con ella; y en verdad que es bastante jóven, y bien hermoso para inspirar mas que aprecio: pero es decirlo entre nosotros; no es dueño de su corazon... y mi pobre señora... lo sabeis?...

Smith. No... no lo sé del todo.

Betzy. Como! no habeis oido hablar nunca de un tal Arturo Vilmore?

Smith. Arturo Vilmore... no le conozco.

Betzy. Este Arturo estaba muy bien, es verdad, pero era un simple empleado en el ministerio, y muy poco afortunado. Estaba enamorado de Miss Emma como un loco, y mi jóven señora enternecida á tanto amor, no solo le correspondia, sí que tambien lo hizo saber todo á su padre, sir Dolsey, quien en virtud de la

súplica de su hija consintió en unirla con sir Arturo; entonces fué cuando sucedió la gran catástrofe.... Uno bancarrota arruinó á sir Dolsey, de tal modo, que iba á verse obligado á faltar á sus acreedores, y hubiera muerto de sentimiento, porque el padre de mi señora era un anciano de toda providad. En aquel entonces, se presentó el Duque de Richemont, ofreciendo á sir Dolsey inmensas riquezas para reparar sus pérdidas, con la condicion de casarse con miss Emma. Ya conocereis, que mi señora, no vaciló un momento, á fin de que su padre no perdiera el honor y la reputacion. Con todo la infeliz lloró mucho, pero en secreto; pues yo sola he visto sus lágrimas.... En fin, mandó á Arturo Vilmore que la olvidara, y consintió en ser la esposa del Duque de Richemont.

Smith. Ah! ya lo entiendo ahora... y que se ha hecho Arturo?

Betzy. Oh! no lo sabemos. Mi señora no es capaz de conservar la menor relacion con él.... Oh! Milady, es la misma virtud! Si no adora á su marido, por eso el señor Duque puede estar del todo tranquilo... pero yo misma estoy admirada del casamiento de mi señora.... como os decia hace poco, yo quiero mucho á Milord, mientras que queria muy poco á sir Arturo.... Oh! era un hombre tan impetuoso, tan violento, tan celoso!... Estoy segura que hubiera hecho infeliz á su muger.... pero que quereis que os diga?.... en la eleccion del corazon, y.... el corazon de una muger..ah!.. señor Smith! es un volcan de sentimientos... y... *(se vuelve Smith y se aleja deteniéndose delante de la puerta que estará abierta.)* Es original este Smith.... pues con todo eso no me disgustaria... tiene un no se que, que me.... Vamos! que está haciendo ahí delante de la ventana como un estafermo.

Smith. (aparte y mirando hácia la ventana.) Siempre estaba allá.... dirigiendo la vista á esta casa....

Betzy. (adelantándose despacio detras de Smith.) ¿Acaso pasa alguna cosa estraordinaria?

Smith. (volviéndose) No.... no.... es una muger que tenia demasiada lengua....*(vase.)*

Betzy. (sola.) ¿Que ha dicho? pasa una muger que tiene demasiada lengua?... ah!... es una chanza suya, pero oigo á mi señora.

ESCENA III.

EMMA, BETZY.

Betzy. Todo está preparado por si milady quiere ir á la tertulia de Lord canciller.

Emma. (aparte) Una tertulia! gentío! que fastidio!.... unicamente cuando estoy sola puedo pensar á mi placer... entonces puedo recordar lo pasado... sin embargo, será del gusto del Duque que vaya á esa tertulia y debo hacer todo lo posible, para hacerle agradable, porque, el lo hace para conseguirlo conmigo... soy bien ingrata en no amarle como merece....

Betzy. Ah! milord ha hecho preguntar, si Milady podia recibirle.

Emma. Sin duda; cuando debe venir?

Betzy. Me parece que le oigo....

Emma. Dejadnos Betzy.... ya os avisaré para peynarme. *(Entra el Duque y vase Betzy.)*

ESCENA IV.

EMMA, EL DUQUE.

Duque. (aparte y mirando à su muger.) Siempre triste... siempre el semblante absorto... jamás se sonrie al verme... *(alto)* Perdonad Milady si vengo á turbar vuestra soledad.... Se que gustais estar sola y respeto vuestros gustos á pesar

de la dicha que me cabría estando algunos ratos en vuestra compañía.

Emma. Milord, vos no sois de aquellos, cuya presencia puede jamás inportunarme... Verdad es que desde la muerte de mi padre me hallo poco dispuesta para dejarme ver de la sociedad....

Duque. Si, vos habeis perdido un padre tiernamente querido, yo un amigo precioso... mi sentimiento se ha unido al vuestro; pero es preciso saber soportar todas las desgracias... y... á vuestra edad se está obligada á la sociedad... no me atrevo á decir... á vuestro esposo....

Emma. Milord... me esforzaré siempre para seros agradable.... Esta noche os acompañaré á casa de Lord canciller.

Duque. Mil gracias, pero no es ese el motivo que me trae aquí, sino otro mas importante: quiero consultaros sobre una proposicion que se me ha hecho... *(se sienta à su lado)* sobre un negocio que me interesa mucho.

Emma. Ya os escucho.

Duque. (aparte) Que frialdad procuremos sin embargo asegurarnos si me conserva algun efecto... *(alto)* Conociendo el ministerio la necesidad de adherirse á un miembro de la Cámara alta, sobre lo cual algunos sucesos parlamentarios han fijado la atencion, me ha hecho ofrecer una mision delicada en Oriente la que puede serme gloriosa....

Emma. Y no la admitis?

Duque. Es que entonces... sería preciso separarme de vos... por mucho tiempo... por muchos años tal vez, porque nuestro hijo, es demasiado jóven, para esponerle á un cambio de clima... y vos no le dejariais....

Emma. Si os interesa... me resignaré á soportar esta ausencia....

Duque. (aparte) Ya me lo pensaba.... *(alto)* Pero si fuese tanta mi felicidad que os afligiera esta separacion renuncaria la mision que se me ofrece....

Emma. (Esforzándose.) Pues bien, Milord, es preciso que os quedeis... os lo suplico....

Duque. Os doy un millon de gracias, Milady... ¿pero es este en realidad vuestro deseo?... mi presencia os es necesaria para vuestra felicidad? Perdonad esta duda... hace ya tanto tiempo que quiero hablaros con franqueza! y quisiera.... Oh! si, quisiera que vos hicierais otro tanto. Mirad mi querida Emma, casándome con vos, creia hacer vuestra felicidad, como aseguraba la mia y temo no haberlo conseguido sino á medias.... Sin embargo, me diste vuestra mano sin violencia, de propia voluntad... almenos me lo jurasteis asi... pues bien despues que llevais mi nombre, no he visto brillar un rayo de alegria en vuestra frente... no he visto animar vuestros ojos, un sentimiento de dicha; por lo contrario siempre suspiros.... Triteza... ¿hay por ventura en mi conducta alguna cosa que os disgusta?... ó bien no he satisfecho todos vuestros deseos que son órdenes para mi... ah! hablad milady, hablad por favor... quejaos de mi si lo merezco, pero al fin pueda yo saber porque medio podré haceros feliz pues os lo juro no habria sacrificio del que no sea yo capáz para llegar á conseguirlo...

Emma. Cuan conmovida estoy de tanto efecto!... pero yo soy feliz... vos sois mil veces demasiado bueno para mi; y si la melancolía natural á mi carácter os inquieta... suplicoos que no supongais nada que os sea poco favorable....

Duque. Quiero y debo creeros asi, renunciaré esta mision que me obligaria alejarme de vos.... Voy á mi gabinete y vuelvo en un instante á buscaros para la tertulia de Lord canciller....

Emma. Me encontrareis preparada Milord.... (El Duque le besa la mano y vase.)

ESCENA V.

EMMA, SOLA.

Alma noble y generosa! cuan mal obro en no corresponder á su amor!... procuremos al menos ocultarle las lágrimas que vierto en secreto.... El recuerdo de Arturo, está siempre aquí, y despues de tres años que estoy unida á otro, jamás he podido desterrarle de mi corazon. Ah! este recuerdo me trae á la memoria todos los sueños de mi juventud.... Arturo era el esposo qne habia yo soñado... era el esposo á cuyo lado me hubiera sido tan dulce pasar mi vida... y en su lugar... me he visto precisada á casarme con un hombre que estimo y venero, pero he renunciado á todas las ilusiones que me habia creado.... Pobre Arturo! que será de el? me dejó maldeciéndome y desde entonces no he tenido ninguna noticia de su suerte.... Ah! ya se que no debo verle mas, pero al menos hubiera deseado saber que es feliz.... Vamos es preciso apartar estos pensamientos... es preciso enjugar mis lágrimas y... presentarme en el mundo con el semblante alegre.... *(Toca una campanilla.)*

ESCENA VI.

EMMA, BETZY.

Betzy. Milady ha llamado?
Emma. Arregladme el peynado... colocadme esas flores, esas plumas, lo que querais.
Betzy. Si, Milady, segun lo que he oido decir la reunion del canciller será del todo magnífica.... Ah! que bueno debe estar una reunion de bo-

nitas Señoras bien adornadas!... cuando digo bonitas... tambien puede que las haya feas... porque en fin la fortuna no es siempre la compañera de la hermosura... lo que es muy agradable para las que son ricas....
Emma. Daos prisa, Betzy... hoy vais con una calma!.. mi ramillete.
Betzy. Es que quiero que os presenteis tan bien... *(se para delante de la ventana)* es singular... este hombre siempre aquí....
Emma. De quien hablais?
Betzy. No se Milady, es un estrangero... un hombre cuya facha no me gusta del todo... lleva un sombrero grande, calado hasta las orejas... toda la tarde que se ha estado plantado hai bajo....
Emma. Y continua todayía?
Betzy. Si Milady... se está quieto... lástima á que no se le pueda ver el rostro.... Oh! Milady que bien estais asi... *(Emma se levanta y despues de haberse mirado en un espejo, se acerca á la ventana; entretanto Betzy arregla el tocador. De repente Emma da un grito. Betzy corre hácia su Señora.)* Que teneis Milady?
Emma. (aparte) Oh! Dios mio! será realidad? Oh! no! es una ilusion... él! en este estado?
Betzy. Habeis visto alguna cosa....
Emma. (Alejándose de la ventana.) No, no es nada... *(aparte)* ha desaparecido....
Betzy. Ah! oygo á Milord.
Emma. (aparte) El Duque! ah! ocultemosle mi turbacion.

ESCENA VII.

DICHOS, EL DUQUE.

Duque. Aqui me teneis, Milady, pronto á ofreceros mi mano.... Pero que palidez en vuestro sem-

blante.... Estais indispuesta ?..

Emma. No Milord, no tengo nada, os lo juro.

Duque. El bayle durará toda la noche, pero no quiero que la perdais toda... cuando sea de vuestro agrado nos retiraremos....

Betzy. (aparte) Este si que es un marido bien obsequioso... y sin embargo es un Duque. Cuantos plebeyos hay que siempre mandan á sus mugeres !....

Smith. (entrando) El coche de Milord está preparado....

Duque. Venid, venid, mi querida Emma *(le da la mano)*

Betzy. (aparte siguiéndolas) Oh ! yo, quiero ver como Milady sube al coche....

ESCENA VIII.

SMITH SOLO

(Cuando todos han salido mira por todas partes.) Me parece que no habia nadie mas aqui.... Bueno! ya oigo andar el coche.... Ahora puedo introducir el hombre que esperaba en la escalerilla secreta... *(abriendo la puerta)* Eh ! caballero... ya podeis entrar que estoy solo.

ESCENA IX.

SMITH, ARTURO.

(Arturo entra por la puertecita, su trage es muy desaliñado, su semblante pálido y delicado, sus cabellos en desorden.)

Arturo. Ah ! ya estoy dentro....

Smith. Estais en el cuarto de Milady como deseabais.

Arturo. Estoy en su casa... aqui habita... pero donde esta ella ?

Smith. Ha ido á una tertulia con Milord.

Arturo. Bueno! y cuando vuelva en donde me ocultaré ?

Smith. En aquel gabinete...

Arturo. Esta bien... amigo habeis hecho cuanto os he pedido... ah! yo quisiera recompensar dignamente semejante servicio.... Pero ya os he dado mi bolsillo.... Todo cuanto me quedaba.

Smith. Estoy satisfecho.... Ahora os dejaré esperar solo, y procuraré que nadie entre aqui antes que Milady vuelva.... Ya oireis el coche ?

Arturo. Si, si....

Smith. Ah ! es preciso que me lleve las luces para que nadie crea que aqui hay alguien.

Arturo. Bueno....

Smith. Me habeis jurado que no erais ningun ladron?....

Arturo. Y os lo juro todavía ! si algo recelais podeis vigilarme... no quiero mas que hablar á la Duquesa, hablarle un solo instante... y me alejo para siempre...

Smith. Muy bien... os dejo solo...

ESCENA X.

ARTURO SOLO. *(se sienta)*

Despues de tres años volveré á verla !... Quise olvidarla y he hecho todos los esfuerzos para conseguirlo... pero ah ! como he vivido estos años? yo mismo lo ignoro... el fastidio, el abandono algunas veces el desorden, el juego !.... Para distraerme... he pasado sin objeto ! sin porvenir ! sin esperanza ! Dejé el destino que ocupaba... Pero que me importaba mi posicion, privado de esa muger la que solo podia asegurar mi felicidad, de esa muger que se ha en-

tregado à otro despues de haberme prometido su palabra... Para salvar á su padre me dijo... su padre! Ya murió... y yo... quisiera morir tambien pero ne se que vaga esperanza me ha detenido siempre.... Qué! otro me ha robado la que amaba y no me vengaré !.... Ah !... es preciso que esa muger sea mia ! aunque la haga derramar lágrimas ! aunque la haga infeliz por todo el resto de su vida.... Ella vivia en el seno de los placeres, de los honores, mientras que yo sufria que devoraba mis lágrimas... y me habia dicho que me amaba?... *(se levanta)* Pero ella no viene... ah ! sin duda en este momento está rodeada de aduladores.... La Duquesa de Richemont !... ah! es tan hermosa oirse llamar Duquesa de Richemont !... como podia yo pensar que preferiría el nombre obscuro de Vilmore !... Y el cielo ha bendecido su union... ella tiene un hijo me han dicho... ah ! hay tormentos de los que se debiera morir... *(se echa á un sillon y tiene la cabeza entre sus manos. La puerta del foro se abre despacio, entra Smith con una linterna en la mano.)* He oido ruido... si será ella ! *(se levanta y corre hácia Smith)* Que ! sois vos !....

Smith. Si... venia á deciros que toda la casa está tranquila, y luego queria ver si os hubierais movido de aqui....

Arturo. A donde querias que fuera?... por favor dejadme solo hasta que venga.... Ya os habeis asegurado de que no traia armas... que me quereis a hora ?....

Smith. Nada, nada.... Buenas noches, caballero... *(aparte)* Puedo estar tranquilo porque todo ha salido como deseaba. *(vase por la escalerilla.)*

Arturo. *(solo)* Que va á decir al verme... desde mucho tiempo que ya no piensa conmigo... me cree muerto... casado tal vez.... Casado... oh ! no ! yo no podria imitarla.... Para esposa tan solo queria á ella, porque es mucho lo que la

amaba !... ninguna otra hubiera podido reemplazarla en mi corazon... este amor era mi vida... mi ecsistencia toda... ella lo sabia y con todo me ha sacrificado.... *(Escucha)* Pero me parece oir... oh ! si, esta vez no me engaño... un coche... es ella, va ha venir... Ah ! á pesar mio estoy temblando.... Es preciso que nadie me vea... ya suben... me dijo este gabinete, si. *(Luego que acaba de entrar en el gabinete, Betzy entra por el foro trayendo luces luego Emma seguida de Smith.)*

ESCENA XI.

Emma, Betzy, Smith.

Emma. *(á Smith)* Volved el coche á milord y decidle que mi indisposicion no ha sido nada y asi que continue disfrutando de los placeres de la reunion.

Smith. Alla voy, Milady. *(vase)*

Betzy. Con que, Milady, habeis estado indispuesta ?

Emma. Sí, y por eso he venido tan temprano.... Milord queria absolutamente venirse conmigo pero yo me he opuesto, porque mi ausencia será poco notable al paso que la suya lo sería mucho....

Betzy. Que lástima ! tan hermosa tertulia... sin duda durará hasta mañana.

Emma. Poco me importa! estoy mejor aqui... Betzy, quitadme solamente estas flores y joyas, y luego podeis ir á descansar.

Betzy. *(Deshaciéndole el peynado)* Como ! la Señora Duquesa no necesita mis servicios esta noche ?

Emma. No, es inútil.... Buenas noches Betzy, buenas noches.

Betzy. Ya que lo mandais, Milady, me retiro... *(aparte)* Ah ! si yo fuera Duquesa hasta de noche me haria peynar. *(vase)*

ESCENA XII.

EMMA, ARTURO OCULTO.

Emma. *(Delante del tocador)* No se lo que tuve... en medio de toda la reunion estaba oprimida, doliente... la imagen del hombre que he visto por esta ventana sin cesar se presentaba á mi vista... en aquel hombre queria reconocer... oh! me engaño... Arturo está muy lejos de aqui tal vez....

Arturo. *(entreabriendo la puerta)* Es ella! aqui está!

Emma. Dios mio! porque pués este recuerdo me ha de perseguir siempre? Pensar en el es un crimen ahora que soy casada.

Arturo. *(adelantándose despacio y colocándose detras de ella, mirándola en el espejo.)* Ahora puedo verla á toda mi libertad... despues de tres años... ah! como está siempre hermosa!

Emma. Pero ya es tarde!... preciso es buscar en el sueño el olvido de mis penas... el sueño! tan pocas veces se cierran mis párpados.. *(Mirando en el espejo)* Ah! Dios mio! que he visto, hay alguno detrás de mi! Betzy! Betzy!...

Arturo. No llameis!.. oh! por favor! no llameis...

Emma. Esta voz!... *(se vuelve y vá á Arturo)* Gran Dios! no es ilusion! es él!

Arturo. Si, es Arturo... el desgraciado Arturo, miradle!

Emma. De noche... en mi cuarto!... á que os atreveis?

Arturo. Ah! ya hace mucho tiempo que no espero nada.

Emma. En fin que quereis?

Arturo. Lo que quiero... no hace un momento que queria vuestra muerte... ahora solo anhelo la mia. Emma, vuelvo á veros... y en efecto sois vos... vos, la que vivís por otro!... vos, la que

sin embargo me amabais y que debias ser mia! Queria veros aun!.. Despues de tres años, privado de esta felicidad, el ayre me faltaba y ya no podia vivir.... por favor escuchadme....

Emma. No, no debo....

Arturo. *(Deteniéndola por el brazo y con voz fuerte)* Ah! no obstante me escucharéis! quiero que sepais como vivo despues que os he perdido.... Supe el momento en que debia verificarse vuestro enlace.... de lejos os seguí al templo.... aquel espectáculo me cegó enteramente, al paso que me mataba! pero no... durante algun tiempo dejé la Inglaterra, yendo adonde me conducia la casualidad, viviendo como un insensato, ignorando hasta donde estaba, dando compasion á todo el mundo y mostrándome insensible á todo consuelo... en fin he regresado... oia hablar de vos... padecia mucho mas, pero al menos sentíame ecsistir... cada dia formaba nuevos proyectos para estar cerca de vos... algunas veces, proyectaba mataros... matar á vuestro esposo!... os estremeceis! Ah! vos no sabeis que la desgracia hace el hombre feroz, que irrita, que llega al corazon y vos no sabeis... no, no podeis comprender cuanto he sufrido....

Emma. Y yo, creeis pues que no he derramado muchas lágrimas en esos tres años?... Vos me acusais... Dios mio! acaso he sido culpable? mi padre iba á arruinarse, una bancarrota era inevitable y le hubiera costado la vida! Sí, la desesperacion le hubiera muerto... podia yo esponer sus canas á la miseria, al deshonor?... no, no... llorar, sufrir, pasar en el dolor todos los instantes de mi vida, podia hacerlo; pero dejar perecer al autor de mis dias, dependiendo de mi el salvarle... Ah! no era posible... Arturo debiais perdonarme!....

Arturo. Si, oh! si... habeis hecho bien... que importa yo, que importa mi felicidad, mi vida...

oh ! esto no es nada ! vos teneis el deber gravado en el corazon, en el que otra muger tendria un nombre querido... vos poseeis la razon en lugar de ternura, la virtud en lugar de pasion.... Ah ! no es asi como se ama ! yo queria una muger con sus debilidades ? olvidando hasta su conciencia... una muger que hubiera sido ingrata y criminal por mi, como lo hubiera sido yo por ella.

Emma. Arturo vuestra razon se estravia !

Arturo. Oh ! á que no podeis adivinar todos los tormentos que he sufrido despues que sois Duquesa Richemont ! Pero en fin he venido hasta vos y... no saldre de aqui sin haber merecido vuestro aborrecimiento ya que no he podido lograr vuestro amor... sereis mia ! si, viva ó muerta, víctima ó presa escoged ! *(la toma entre sus brazos y ella se desembaraza)*

Emma. Arturo ! quereis mi deshonor... oh ! no ! no ! porque temeriais mi desprecio.

Arturo. (Cayendo de rodillas) Ah ! no he nacido para hacer el mal ! llamad ! hacedme hechar de aqui por vuestros criados... prefiero aun sufrir solo... Emma, perdonadme... Tened compasion de mi... si supierais cuanto os amo... escuchad, cuando os miro, cuanto os miro casi siento la alegría en mi corazon... que la felicidad de veros triunfe de mis recuerdos, de mi razon... que me muestra por todas partes desgracia y desesperacion. Mirad, yo lloro y he aqui la primera de mis lágrimas despues de tres años !

Emma. Desventurado ! me estais afligiendo... y no pienso sino en vos... tan solo os compadezco á vos, y en el momento en que vuestra presencia me pierde tal vez. Pero no os entregueis á una desesperacion inútil... no cargueis mi conciencia con un remordimiento... levantaos... dejadme... porque seria un crimen escucharos por mas tiempo... olvidadme... pido á Dios vues-

tra dicha primero que mi salud.

Arturo. Oh ! un momento mas !

Emma. Es imposible !

Arturo. Un solo instante... y luego me marcho.... vuestra mano tan solo....

Emma. No, es preciso que salgais, ya no escucho nada mas... Pero como saldreis ?... Decidme por donde habeis entrado ?

ESCENA XIII.

DICHOS, EL DUQUE.

Duque. (Abriendo la puerta secreta) Por aqui Milady.

Emma. Gran Dios ! mi esposo....

Arturo. El Duque !

Duque. Si por aqui ; me he puesto en su lugar y he oido toda vuestra conversacion.

Emma. (De rodillas) Ah ! milord yo no soy culpable !....

Duque. Ya lo se, pues que lo he oido todo... levantaos milady, esta postura no os está bien.....

Arturo. Milord ! estoy pronto á seguiros y daros satisfaccion.

Duque. Y quien os ha dicho, caballero que queria pedirosla ?... Porque vuestras tentativas no han podido nada con mi muger, es una razon para que yo vaya á matarme con vos ? Que haria yo mas si os hubiesen salido bien ? y por otra parte caballero es acaso igual el partido entre los dos ?... vos quereis que vaya á esponer lo que tengo y lo que soy, cuando vos tan solo esponeis una ecsistencia obscura, y desgraciada ¿ es esto justo ?... Cual puede ser el motivo de que me hagais semejante proposicion... vuestro aborrecimiento para conmigo ?... Y con que derecho me aborreceis ?... por haberme casado legalmente con una muger, ignorando vuestro

amor para con ella.... El derecho de aborreceros no me toca mas bien á mi? vos que venis buscando turbar mi reposo... conque quisisteis seducir á uno de mis criados para llegar hasta mi muger... Pero no habeis sido mas feliz con él que con la Duquesa de Richemont.... Un criado fiel á medias, hubiera despreciado vuestra proposicion, para introduciros en casa de su amo... el mio ha aceptado, ha tomado la suma que le ofrecisteis, luego me la ha traido contándomelo todo... y yo soy quien le he mandado satisfacer vuestro deseo... Tomad este bolsillo, tal vez podreis hacer mejor uso de él...

Arturo. (en cólera) Milord, no soy bastante feliz para aguantar....

Duque. Escuchadme hasta al fin. No creais Milady que haya querido hacer una prueba injuriosa, para vos permitiendo á un rival el venir á probar vuestra virtud... estaba seguro, sino de vuestro amor al menos de vuestros principios. Asistiendo á esta escena queria aclarar mis dudas y saber si el recuerdo de una primera pasion influia en la frialdad que á pesar vuestro se deja ver en vuestra conducta con respecto á mi... me he convencido de ello... Sí, caballero aunque pobre y obscuro sois mas feliz que yo par de Inglaterra... porque vos sois amado y yo no lo soy.

Emma. Milord....

Duque. Oh! no me quejo de vos Milady.... habeis hecho cuanto habeis podido para ahogar un afecto mas fuerte que vos... Esta pasion ha quedado en el fondo de vuestro corazon... y apesar vuestro amais á sir Arturo.... Ahora que nos queda que hacer?... debemos permanecer en esta situacion cruel para los tres?... debemos pasar nuestra vida yo á espiaros... á pediros un lugar en vuestro corazon que no podeis darme... vos á luchar contra vuestra indignacion... y sir Arturo contra el destino?.. Desgraciados todos el uno por el otro... no vale mas anular una union mal adecuada... y en Inglaterra no tenemos el divorcio... no está instituido para reparar los errores como para cartigar las faltas?... Que decis Milady?....

Emma. (Toda admirada) El divorcio!...

Duque. Y vos sir Arturo!

Arturo. Tanta generosidad... podria ser... no, no puedo creerlo....

Duque. No teneis razon caballero... Por otra parte volviendo vuestro amor á Milady, me vuelvo á mi mismo la libertad... Milady durante algun tiempo, me habia lisonjeado de llegar á enternecer vuestro corazon... despues me he convencido de que semejante conquista era del todo imposible... y yo no me siento capaz de amar solo con constancia... Habiendo parecido deseable siempre mi casamiento no estoy en disposicion de hacer por mas tiempo el papel de un hombre amado por deber, y estimado por principios... No me quejo de que hayais podido darme lo que os pedia... pero permitidme la esperanza de que en otra union seré mas feliz.

Emma. Si es asi Milord, y si deseais recobrar vuestra libertad, no se como rehusar... pero mi hijo! ah! yo no puedo separarme de mi hijo....

Duque. Le dejaré á vuestro lado Milady hasta que esté en la edad de entrar en Oxfont, y aun entonces lo vereis siempre....

Emma. Ah! tanta bondad!

Arturo. (aparte) No es esto un sueño?

Duque. Dentro de dos dias parto para Oriente dejando amplios poderes á mi procurador.... Podemos pues contar que dentro de un mes nuestro divorcio será pronunciado... pero desde este momento dejo esta casa que os pertenece, Milady porque en vano habriais dividido mi suerte... procuraré reparar el retardo que he ocasionado á vuestra felicidad, como igualmente todo el mal involuntario que ha acarreado....

Ya no nos falta mas que vuestro consentimiento, Sir Artnro lo dais?

Arturo. Milord, tanta grandeza de alma! Emma sereis mia....

Duque. Dentro de un mes, caballero, venid; dejemos esta casa... y respetad aun la Duquesa de Richemont... os aguardo caballero, *(Arturo hace un movimiento para correr hácia Emma. esta le detiene, le da una mirada, el Duque se lo lleva, Emma se inclina.)*

ACTO II.

Casa de sir Arturo. Se vé un salon elegantemente adornado, dando á un jardin que se deja ver en el foro. A la izquierda una puerta. Las del foro permanecen siempre abiertas.

ESCENA PRIMERA.

EMMA, BETZY, HENRIQUE, ARTURO, EDUARDO, DOS JÓVENES.

(Al levantar el talon Emma está sentada cerca de una mesa de la derecha ocupándose en bordar; el pequeño Henrique corre y juega por el jardin; Betzy se entretiene con él. A la otra parte Arturo vestido con toda elegancia está sentado á una mesa encima de la cual hay periódicos y ponche, Eduardo y los jóvenes están á su lado.)

Eduardo. (tomando su vaso) Vamos sir Arturo un brindis en celebracion de la apuesta que acabais de ganar.... Pardiez, son los dos caballos mas hermosos de Londres.... y os harán ganar otras corridas en Newonarket.

Arturo. (tomando su vaso.) Estoy pronto á daros la revancha, sir Eduardo.... aunque estoy casi incomodado de ser tan constantemente feliz contra vos....

Eduardo. Y eso porque?... cuando se apuesta no es preciso que haya uno que pierda?... yo tomo alegremente mi partido y vuelvo á principiar

el dia siguiente. Quiero pasar mi vida apostando, y cuando no me quede de que poner en el juego.... pienso ponerme yo mismo. *(Beben los dos.)*

Emma. (á su hijo que corre.) Cuidado chico no corres tan aprisa que puedes hacerte daño....

Enrique. Oh! no mamá, no tengas miedo....

Betzy. Y por otra parte.... acaso no estoy yo aqui para cuidarle! descuidad señó.... mistrss.... *(aparte)* Oh!... me cuesta trabajo decir mistrss, despues de haber dicho señora Duquesa... Era tan hermoso, cae tan bien... señora Duquesa!...

Emma. Sobre todo Betzy no dejeis á mi hijo...

Betzy. No le pierdo de vista tan solo un minuto.... y á Dios gracias! ahora me hace correr bastante....

Arturo. (aparte mirando á Emma.) Que afan para su hijo... no ama mas que á él.... no piensa.... y ni siquiera repara en que yo estoy aqui...

Eduardo. Es preciso confesar, sir Arturo, que hay pocos hombres tan favorecidos por la suerte como vos.... sois un feliz mortal.... una muger encantadora... una gran fortuna.... Que mas se puede desear!....

Arturo. Oh!... nada sin duda... *(aparte)* Ah! no comprenden que hay todavia un don precioso que él solo podria colocarme al colmo de la felicidad.... pero el cielo me lo rehusa.... Despues de cuatro años que es mi muger... y este título sagrado, este nombre tan dulce de padre, yo no he podido obtenerlo!...

Eduardo. Dicen algo de nuevo hoy los periódicos? veamos.

Arturo. (aparte mirando á Emma) Siempre siguiendo con la vista á su hijo y... este hijo, es del Duque de.... su primer marido.

Eduardo. (leyendo) Ah! aqui tenemos noticias de nuestra mision en Oriente... se habla del duque de Richemont y creo que....

Arturo. (interrumpiéndole) Señores, esta mañana hay corridas muy interesantes entre los caballos que vinieron ayer... que no vais á verlas?...

Eduardo. (levantándose) Ah! sí por cierto.... y se harán algunas apuestas.... Vamos caballeros. estoy en que he de ser feliz esta mañaua. No os venís con nosotros sir Arturo?

Arturo. Ahora no; pero vendré á encontraros pronto....

Eduardo. Hasta luego, pues... *(saludando á Emma)* Mistris, á vuestros pies... *(Emma le saluda, y ellos se van.)*

ESCENA II.

EMMA, ARTURO. LUEGO HENRIQUE Y BETZY.

Arturo. (arrojando el periódico con cólera) Con que me hablarán siempre de ese duque de Richemont!...

Emma. Amigo mio, no vais con sir Eduardo?

Arturo. No... me quedo con vos.... acaso os soy embarazoso?

Emma. Serme embarazoso! podriais sospecharlo?.. En verdad amigo mio, que despues de algun tiempo no sois el mismo.... me hablais con una frialdad que me aflije.... me dirijís unas miradas cuya espresion no puedo comprender.... Acaso habeis cesado de amarme?

Arturo. De amaros!... Oh!... no, no, bien sabeis que es imposible!... bien sabeis que este amor es toda mi ecsistencia, toda mi vida.

Emma. Si es asi, de donde provienen pues esas sombrías nubes que oscurecen muchas veces vuestra frente?... Quien podria ahora turbar nuestra felicidad!... No soy vuestra esposa hace ya cuatro años!... no puedo entregarme sin remordimiento á todo el amor que os tengo?...

Arturo. Ah!... si, sin duda hace ya cuatro años que

estamos casados.... pero antes de este tiempo otro habia recibido vuestro juramento de fidelidad...

Emma. Arturo, que me recordais? ese otro jamas ha logrado mi amor, bien lo sabeis.... Me acusareis acaso de criminal por haber salvado los dias de mi padre?

Arturo. No... oh!... no... pero es que... algunas veces temo que no echeis de menos el título de duquesa... las grandezas que os rodeaban...

Emma. Yo echar á menos... pero hay alguna cosa en mi conducta que haya podido haceroslo sospechar?....

Arturo. Emma, tengo culpa, confieso estoy afligiendoos... cuando quisiera haceros del todo feliz... Gracias al cielo, en cuanto á fortuna nada tengo que envidiar á los demas. Cuando murió mi tio sir Walkiu ahora hace dos años, legome todos sus bienes que son considerables. Esta casa, esta posesion, todo cuanto os ha dejado vuestro primer marido, os es de aqui en adelante inútil... no podrian volverse al Duque sus dones?...

Emma. Creeis que querrá tomarlos? Seria ofenderle el proponérselo tan solo.

Arturo. (con ironia) Ofenderle... y tanto temeriais tener una discusion con el Duque...

Emma. (enjugándose los ojos con un pañuelo) Dios mio! con que no seré nunca feliz!...

Arturo. Emma, querida Emma... Ah! por favor olvidad mis palabras... perdonadme, soy un insensato... tengo la felicidad y no se disfrutarla. Ah! no hay un mortal que no envidiara mi suerte... Pero yo quiero á fuerza de amor hacerme perdonar mis faltas... Emma en tus brazos, á tus pies juro correjirme... *(Va á darla un abrazo, cuando Henrique corre á su madre con una rosa en la mano.)*

Henrique. Mamá! mamá!... toma, para tí he cogido esa flor.

Emma. (tomando la rosa) Para mí!

Henrique. Sí... me he punzado un poco, pero tu me darás un abrazo y esto me curará.

Emma. (abrazándole) Mi querido.... Oh! pero tiene toda la mano de sangre.... Mirad amigo mio.... *(Arturo se aleja sin mirar.)*

Betzy. Espero que la señora no crea que yo tenga la culpa... ya se lo habia advertido yo al señor Duque: yo le decia... milord, no toqueis estas rosas... os punzareis... pero su gracia no quiso escucharme.

Arturo. Su gracia... milord... esta muger es insoportable con los títulos que afecta dar á este niño!

Emma. Betzy, ya os he dicho muchas veces, que llamaseis á mi hijo sir Henrique... y nada mas que sir Henrique.

Betzy. Perdonad, mistriss... pero yo no creia hacer mal... dando á mi señorito, unos títulos que tendrá algun dia, por que en fin, es hijo de un par de Inglaterra, y por eso mismo es ya un lord y....

Emma. Basta, Betzy, dejanos... *(á su hijo)* vé con ella, queridito...

Henrique. Si mamá!.. oh! aun voy á hacerla correr...

Betzy. Que precioso niño!... *(aparte)* De todos modos le llamaré siempre milord... cabalmente porque hace rabiar á uno. *(alto)* Esperadme, pues milord, milord, su gracia!... *(vase con Henrique.)*

Emma. (acercándose á su marido) Y bien! Arturo... no me decís ya nada.... vuestra frente se ha puesto de nuevo sombría.... lo habrá causado tal vez la presencia de mi hijo? Este pobre niño!... le tratais con una frialdad....

Arturo. Se la compensais bien, por las caricias que no cesais de llenarle!...

Emma. Y quien se las hará sino es su madre?... podriais reprobar el amor que tengo á mi hijo?..

Arturo. No tengo derecho para hacerlo, lo sé.... amadle... acariciadle... es vuestro hijo... que po-

sea todo vuestro amor... todos vuestros pensamientos.... Haria mal en quejarme... Pero yo... que le amo... que amo á ese niño, fruto de vuestra union con otro... á ese niño que todos los instantes del dia os recuerda su padre... al que no puede ser mas parecido... Ah! no podriais ecsigirlo, señora; este esfuerzo es superior á mis fuerzas... porque soy celoso... y bien! Si... lo soy del pasado, del presente, del porvenir que me inquieta.... El recuerdo de vuestro casamiento con el Duque... vuestras caricias á ese niño... son otros tantos tormentos para mi; para mi que quisiera ser vuestro único pensamiento y para con el cual el cielo, se muestra cruel, pues, que me niega el dulce título de padre que concede á mi rival.

Emma. Amigo mio!.. ah! por favor, calmaos... bien sabeis que os amo... pero soy madre... no me reprobeis el placer que esperimento al lado de mi hijo...

Arturo. Os hago infeliz.... acabareis por detestarme, lo conozco.... Todavia gente... que tormento!... no nos dejarán nunca libres para hablar?...

Emma. *(á Betzy que entra)* Que quereis Betzy?

Betzy. Ah! señora, perdonad si os interrumpo... si vengo tan aprisa... pero como no lo esperaba... me ha turbado toda al volverle á ver... ah! todavía no he vuelto en mi de la sorpresa...

Emma. Os esplicareis por fin?

Betzy. Si, señora... Es que un ayuda de cámara todo engalonado, todo brillante, acaba de entrar en el patio... y juzgad de mi sorpresa, cuando reconozco á Smith... al fiel criado del duque de Richemont....

Emma. Smith... por que casualidad?... acaso su amo estará de vuelta á Inglaterra?...

Betzy. Esto es lo que he preguntado luego á Smith... sabiendo que no deja nunca á su amo; y en efecto, me ha dicho que su gracia ha vuelto de su gran viaje de Oriente, en donde ha pasado

cuatro años... desde ayer que milord está en Londres.

Arturo. El está aqui!...

Emma. Pero que me quiere ese ayuda de cámara?...

Betzy. Ha dicho que tenia que daros un recado de parte de su amo, y pide entrar para participároslo él mismo....

Emma. Decidle que entre, Betzy.

Betzy. Oh! con mucho gusto. Corro á buscarle, señora. *(vase.)*

Arturo. Él está aqui!...

Emma. *(aparte)* Como está agitado!... que mirada tan sombría!... Dios mio!... Debo tener nuevos pesares?...

ESCENA III.

DICHOS, SMITH Y BETZY.

Smith. *(saludando profundamente á Emma.)* Milady! el duque de Richemont mi amo, me ha encargado de presentaros todos sus respetos, y entregaros esta carta, cuya respuesta debo llevarme. *(entrega una carta)*

Arturo. *(adelantándose)* Una carta del Duque.. *(hace un movimiento para apoderarse de ella; pero reparando en que Betzy y Smith le observan, se detiene y dice á Emma.)* Que haceis!... tomad pues, esta carta es para vos....

Emma. *(tomando la carta presentándola á Arturo)* ¿Quereis leerla por mi, amigo mio?

Arturo. *(toma la carta la abre y lee)* Señora, asi que he vuelto de Oriente, mi primer cuidado, mi primer deseo es de ver, de abrazar á mi hijo, en quien despues de cuatro años no he cesado de pensar un solo dia. Creo, Señora, que encontrareis natural este deseo, y me permitireis presentarme en vuestra casa para estrechar á mi hijo entre mis brazos.

Emma. Oh ! si, sin duda, este deseo es muy natural... y yo que no adivinaba lo que podia quererme el Señor Duque.... Smith, decid á Milord que puede abrazar á su hijo cuando quiera.

Smith. Está bien, Milady.... voy á llevarle la respuesta y bien pronto estará aquí.

Betzy. (aparte) El Duque vendrá... oh! que dicha... desde ahora adoro á los Duques! *(Smith saluda y vase seguida de Betzy.)*

Arturo. (aparte) El va á venir... en nuestra casa... ah ! apenas puedo contenerme!....

Emma. Arturo, creo no haber obrado mal mandando á decir al Duque que podia venir aqui... porque no debo estrañar que desea ver á su hijo... y por otra parte compensariamos mal lo que ha hecho por nosotros no poniendo en el una entera confianza, no sois de mi parecer, amigo mio?... no me respondeis?

Arturo. Pienso, Señora... que este deseo es muy natural... asi que ha llegado en Inglaterra os ha escrito... su hijo es quien le ocupa... aquien quiere abrazar... nada de particular hay en eso... y debemos alegrarnos en recibirle... á la verdad... viendo al hijo espera sin duda ver tambien á la madre de su hijo....

Emma. Arturo!... ah ! vos no lo pensais asi ! Seriais demasiado injusto !...

Arturo. (con fuerza) Pienso Señora, que vos y el Duque no debeis encontraros juntos... ha sido vuestro esposo, y no puedo olvidarlo!... y que diria por otra parte el mundo de la posision de esta muger colocada entre su marido presente y su antiguo esposo?... El Duque desea abrazar á su hijo... se le podia enviar... lo que hubiera sido mas conveniente... pero en fin ya que se le concede entrada libre en esta casa... pensad al menos Señora que no debe encontraros en ella.... Ya me entendeis... evitad su presencia... sin esto... ah! no respondo de lo que podria resultar! *(aparte)* En cuanto á mi

yo haré de modo que esta visita del Duque, no vuelva á tener efecto. *(Vase por el jardin.)*

ESCENA IV.

EMMA, *sola.*

Que arrebato!... jamás me habia hablado asi!... mi padre tenia razon, cuando me decia que Arturo no seria dueño de sus pasiones... pero es preciso obedecerle; porque si el Duque llegase ahora... Ah! yo tiemblo... Betzy ! Betzy....

Betzy. (corriendo) Aqui estoy, Señora....

Emma. Donde está mi hijo?

Betzy. Allá en el jardin... oh!... está saltando de alegria, porque le he dicho que volveria á ver al Señor Duque, su padre... Pobre muchacho... hace tanto tiempo que le hablo de su padre... que le alabo su bondad, su nobleza, su generosidad, que parecia no desear otra cosa que verle... ¿no es verdad que no he obrado mal Señora?

Emma. No... no sin duda... y vos Betzy, presentareis mi hijo al Señor Duque....

Betzy. Yo?... Como?... Mi Señora no estará aqui....

Emma. No... ni debo... ni quiero... habeisme entendido?... Betzy, decid á milord que su hijo es el objeto de todos mis cuidados... y que puede tener por bien cierto que la felicidad de este niño, es el fin de todas mis acciones, mi continuo pensamiento.

Betzy. Asi mi Señora, no quiere ver al Señor Duque?

Emma. No... me estaré en aquel gabinete... y cuando lord Richemont habrá salido... me entrareis á mi hijo.

Betzy. Entiendo Señora... os obedeceré.

Emma. (aparte) Querido Henrique... yo no seré testigo de su alegría... tengo el corazon oprimi-

do... alejémonos... porque creo que derramaré lágrimas... *(vase por la izquierda.)*

ESCENA V.

BETZY, *sola.*

Mi pobre Señora... oh! ella quiere sonreirse... pero me parece que tiene mas ganas de llorar que de otra cosa... oh! yo ya se quien tiene la culpa. *(se oye el ruido de un coche)* Pero que he oido?... es el ruido de un coche... *(mirando por el fondo)* No me engaño... es el Señor Duque... que hermoso es! como siempre... que gracia!... que elegancia en su figura!... yo hubiera hecho locuras por este hombre.

ESCENA VI.

EL DUQUE, BETZY, LUEGO HENRIQUE.

Betzy. Milord, permitidme que os presente mis mas humildes respetos.

Duque. Muy bien Betzy.. vuelvo áveros con alegría.. despues de cuatro años de ausencia.. regresando á nuestra patria.., nuestros ojos como nuestro corazon buscan en ella semblantes amigos y dulces recuerdos.... No habeis dejado á vuestra Señora os lo agradezco.

Betzy. Dejar á mi Señora, oh! jamás... aunque tal vez haya alguno que se hubiera alegrado de verme partir... pero yo me mantengo firme... tengo carácter!...

Duque. Me será permitido presentar mis respetos á Mistriss Vilmore?....

Betzy. Milord... mi Señora me ha encargado de haceros presente que su indisposicion no le permite dejarse ver....

Duque. Betzy mi demanda era sin duda indiscreta, y conozco las razones que han dictado la denegacion de vuestra Señora; solo su dicha es la que deseo, y... ahora que ella es esposa de sir Arturo, no dudo que será apasionadamente amada....

Betzy. Ah! milord..,. no os comprendo.... Ciertamente sir Arturo ama á su muger.... pero tiene una manera de amor peor que el mio... y yo creo....

Duque. Basta Betzy... solo por mi hijo he venido y solo de él debo ocuparme: á donde está... ah! si supieseis cuanto deseo abrazarle....

Betzy. Oh! esto es muy justo milord, y no dejo de comprender vuestra impaciencia... el pequeño milord juega en este jardin... voy á buscarle... vais á ver un hermoso niño.. un soberbio muchacho... todo vuestro retrato, milord, é igualmente de espíritu... de gentileza de....

Duque. Betzy por favor... id pronto.

Betzy. (aparte) Que charlatana soy yo Dios mio... *(alto)* ya voy milord... ya voy. *(vase)*

Duque. (solo) Que es lo que he oido... segun parece la esposa de sir Arturo no será tan feliz como esperaba.... Pobre Emma! para afianzar su dicha he hecho uno de los mas grandes sacrificios... mas todo habrá sido inútil... pero alejemos estas ideas... pensemos solo en mi hijo... en mi hijo que voy á estrechar entre mis brazos... Ah!... este niño... Este es, oh! sí, mi corazon me lo dice!....

Henrique. (corriendo seguido de Betzy) Papá... papá... á donde está... á donde....

Duque. Querido hijo....

Henrique. Ah! aqui esta....

Duque. (abrazándole) Si... oh! este es mi hijo....

Betzy. Que espectáculo!... En verdad que lloraria si no temiese faltar á los respetos de milord.

Duque. (sentándose y poniendo su hijo sobre sus rodillas) Ya tengo á mi hijo... mi hijo en el que

he puesto todas mis esperanzas... toda mi felicidad....

Betzy. No es verdad Señor Duque que es muy bermoso ?....

Duque. Oh ! si... sus echizos me encantan... querido hijo... tu amas á tu madre, no es verdad... pero á mi me amarás tambien , no es asi....

Henrique. Oh ! yo te amo... eres mas bueno que sir Arturo.

Duque. Ah ! toda mi dicha se contendría, en no separarme jamás de tu lado... y si no temiese afligir á tu madre....

Henrique. Quiero que te quedes con nosotros... de este modo no dejaré á tí , ni á mamá...

Duque. Ay de mí !... esto es imposible....

Arturo. (compareciendo al foro) (aparte) Aqui está... con su hijo... con el hijo de Emma... ah ! cuan dichoso es este hombre.... Sí , mucho mas dichoso que yo... ah ! si al menos el nombre de padre hubiese coronado todos mis esfuerzos.... Ah ! yo hubiera estado muy arrogante si tal felicidad hubiera cabido en mi....

Duque. Caro hijo... deja que te abrase aun... *(descubre á sir Arturo)* Ah ! disimulad sir Vilmore no os habia visto , me encontrais saboreando una dicha de la que habia estado privado por el intervalo de cuatro años . *(abrazando á su hijo)* una dicha ! que compensa todos los padecimientos de una ausencia.

Arturo. Conozco milord cuan adorado os debe ser vuestro hijo.... por él sin duda habeis vuelto á Inglaterra... bien se ve el aprecio que le llevais..

Duque. Oh ! si... yo no volveré jamas á separarme de este clima donde he pasado toda mi vida... y por otra parte tanpoco quiero ya mas separarme de mi hijo.

Arturo. (*aparte*) De su hijo.... Ah ! no lo ha dicho todo... (*alto*) déjanos Betzy... desearía hablar á milord... si no viene á mal.

Duque. Estoy á vuestras órdenes sir Arturo... no

obstante me permitireis retener por ahora á mi hijo... hace tanto tiempo que he estado privado de su presencia, que desearía prolongar mi dicha. (*Arturo se inclina*)

Betzy. (*aparte*) Vaya , no me gusta esto de querer hablar sin testigos... este hombre alguna de las suyas tramará. (*vase*)

ESCENA VII.

El Duque , Arturo , Enrique.

Duque. Ya os escucho.

Arturo. Milord.... Cuando empezasteis á ser el esposo de miss Emma Dolsey... ella gozaba de poca fortuna... pero vuestra gracia la colmó de estos dones... mas tarde... cuando un divorcio me dejó aquella que habia llevado vuestro nombre... vos la hicisteis aun cuantiosas cesiones... mi corazon , debo confesároslo sufrió con pena aquellas liberalidades pero maltratado entonces por mi mala estrella... tuve que sufrir en secreto... de miedo de que una muger adorada no esperimentase algunas privaciones.... y á falta de un destino , que pudiese ofrecer á mi esposa mas riquezas de las que esceden á las de un par de Inglaterra.... Mas hoy dia mi suerte ha cambiado considerablemente , sucediendo á un tio mio; igualando casi mi fortuna á uno de los mas grandes capitalistas de Londres... conocereis milord que ahora Emma , no tiene ya necesidad de vuestros dones... y en cuanto á mi me es en estremo penoso disfrutar de los bienes que vienen de otro... y vos no os opondreis sin duda á que retireis lo que habeis hecho aceptar por fuerza.

Duque. Caballero , yo me admiro de que me hagais tal proposicion ; y hasta me permitireis dudar que... miss Vilmore la aprueba.... Cuando dí

la mano à miss Dolsey, desde aquel instante se puso á mi nibel en cuanto á las riquezas que yo poseia, separándose de mi ha debido conservar bienes que son suyos; y de todos modos no está en vuestro poder volvérmelos ni impedir que vuestra muger ya ha sido Duquesa de Richemont.

Arturo. Este tono arrogante me desagrada del todo milord... y mas aun, cuando he tenido grande complacencia en permitiros que vinieseis en casa á abrazar á vuestro hijo....

Duque. En permitir... entiendo... y que!... Cuando he hecho á vuestra esposa el mas grande sacrificio dejándola mi hijo... que las leyes lo ponen bajo mi proteccion cuando me he privado de sus caricias, de la presencia del heredero de mi nombre, venis vos caballero, vos que segun se ve, solo un trato os impone la presencia de este niño!....

Arturo. Ah! milord os he pedido este sacrificio.., de que tanto ruido haceis?... os he impedido acaso de guardar vuestro hijo?....

Duque. Os comprendo monseñor, la presencia de este niño os es molesta... él os es pesado... poco inquieto de las lágrimas que derrama su madre y vos quereis alejarlo de estos lugares... bien, yo colmaré vuestros deseos... mi hijo no permanecerá por mas tiempo en casa de un hombre que no tiene por él sino la frialdad é indiferencia, y quizás el odio... él volverá en casa su padre... si volverá... y será dichoso noble y rico... Consientes querido Enrique en venir conmigo... Oh! en adelante no te separarás mas. (*El Duque se lleva á su hijo por la puerta del gabinete esta se abre y Emma se presenta, dá un grito y corre hácia al Duque.*)

Emma. Ah! Señor Duque... por piedad... por favor... no me priveis de mi hijo....

Arturo. (*aparte*) Emma... ella nos escuchaba!...

Emma. Estaba allí... la suerte me ha hecho oir

vuestra conversacion... milord... que por algunas palabras mal entendidas no me abandoneis á la desgracia?... este niño!... ah! no dudeis del amor que yo le profeso... jamás ha pasado un solo dia sin que le haya colmado de caricias... y si él se aparta de mi... ah! yo moriré...

Henrique. Mamá... no llores no....

Emma. Ah! no rechaceis mi súplica.

Duque. (*descubriendo á Emma que se arrodilla á sus pies.*) Vos á mis plantas Señora ah! que significa esto... una sola de vuestras lágrimas... basta para contener todas mis resoluciones. guardad á vuestro hijo Señora.

Emma. Ah! milord....

Duque. Pero como no debo volver mas en esta casa... espero tomareis á bien de enviarme mi hijo las veces que deseare... á dios Señora, recibid de nuevo la seguridad de mis promesas que he hecho á fin de que seais feliz... à dios à dios querido hijo... (*Abraza á su hijo, saluda á Emma y vase sin mirar siquiera á Arturo que se vuelve hácia él.*)

ESCENA VIII.

Los mismos menos el Duque.

Emma. (*á Henrique*) Ya no te apartarás de mi.

Arturo. Se os habia prohibido Señora comparecer á la vista del Duque y sin embargo, vos no habeis hecho caso de mis mandatos.

Emma. Ah!.. cuando queria llevarse à mi hijo, podia yo pensar en vuestra prohibicion!...

Arturo. No!... no se hubiera llevado à Henrique, todo esto no era mas que un artificio, un ardid preparado de antemano... y trata tal vez con vos....

Emma. Gran Dios!... que vituperio!... Arturo no penseis esto.

Arturo. Soy zeloso lo se... pienso que ha sido el Duque, vuestro esposo... y su presencia es un suplicio para mi, ahora si vos quereis que la paz renazca en esta casa pensad Señora que es preciso que jamas en mi presencia salga de vuestros labios el nombre del Duque de Richemont... y entonces será caso, que lo olvide al fin... esto es, sobre todo, lo que vos debeis desear.

Rmma. Arturo !.. creeis acaso, que amo á otro....

Arturo. Ah ! yo no creo nada... pero....

Henrique. Mamá... porque se ha ido tan pronto mi papá. (*Arturo hace un movimiento de cólera*)

Emma. (*Tomando á su hijo de la mano*) Ven hijo mio.... Betzy te aguarda... quiere jugar contigo. (*Vase con su hijo echando una triste mirada en Arturo que la deja ir sin mirarla.*)

ESCENA IX.

ARTURO, *solo.*

El Duque de Richemont... si... siempre! en todas partes el Duque de Richemont... este hombre me sigue sin cesar... el me hà elevado bien es verdad en otro tiempo, á la que yo adoraba; pero ahora que es mi esposa, sufriré que se presente en mi casa... que se encuentre con Emma.... Oh! jamás é infeliz de él si se atreve á venir... mas procuremos olvidar á este hombre.. Eduardo me aguarda á las corridas... es preciso me reuna con él... si... porque es preciso distraerme.. me hallo todo aturdido.. hola ! Juan,

Juan. (*llegando*) Que manda monseñor ?...

Arturo. Mi sombrero, mi corbata... en verdad que soy muy loco en atormentarme asi... desde luego, no volviendo á venir... ella al fin y al cabo le olvidará.

Juan. (*llevando el sombrero y la corbata*) Aqui está.

Arturo. Está bien... vé á ensillar mi pequeño caballo pardo.

Juan. Ya voy monseñor. (*vase.*)

Arturo. Cuando se han visto, me pareció que Emma estaba colorada y temblaba... él la miraba... oh ! él la miraba con un placer... y cuanto amor no contenia aquella mirada ! (*deja caer su cabeza sobre el pecho y queda pensativo.*)

Henrique. (*llegando por el foro*) No... Yo no quiero jugar mas... Deseo mas conversar con este señor que es mi padre, y que me abraza tanto. (*se dirige á Arturo.*) Volverá pronto mi papá ?

Arturo. (*reparando en Henrique.*) Dejadme.

Henrique. Es que Betzy me ha dicho que vos me quereis mas que el duque de Richemont que ha venido aquí.

Arturo. Siempre el duque... no me dejarán ni un momento en reposo....

Henrique. Esto fuera mezquino de impedir que mi papá venga á verme; es tan bueno ! Betzy me dijo que todo el mundo le ama en estremo.

Arturo. Callad ! callad !.. esto no es verdad... y en fin en esta casa ya no se debe hablar de vuestro padre.

Henrique No, yo no miento... y mi padre no es tan inicuo como vos... que haceis llorar á mamá.

Arturo. Aun mas... marchaos... os lo mando.

Henrique. Bien se ve que él me ama mas que vos.

Arturo. Miserable!.. yo castigaré tu osadia (*le da un golpe con la corbata en la espalda, el niño da un grito, Emma acude*) Ah ! infeliz ! que he hecho...

Emma. Que es eso ? porque estos gritos ? Tu lloras hijo mio...

Henrique. Si... mis Vilmore me ha pegado.

Emma. Os habeis atrevido!..... á maltratar á mi hijo !... (*con fuerza*) un hombre falto de toda humanidad, puede bajarse hasta

golpear á su hijo... Pero vos, con que derecho lo hareis ? Ah ! esta accion es indigna.... como esposa he soportado vuestras amenazas... mas para defender á mi hijo, yo sabré encontrar toda la energia posible, sabré abatir vuestro orgullo y vuestras pasiones....

Arturo. Acabad, señora, lo merezco.... yo no se que demonio del infierno se ha apoderado de mi espíritu... bien que los celos arrastran fácilmente al crimen... yo mismo me detesto... y con todo, si el duque vuelve en esta casa.... ah ! yo no seré dueño de contener mi furor.... y vos misma tal vez.... mas yo me voy.... os debo causar horror. (*vase desesperado.*)

Emma. (*Sentandose y llevando á su hijo consigo*) Cruel ! te ha hecho derramar lágrimas pensando que yo no sabria nada... él me obliga á alejarte de esta casa...si...por ahora es preciso...y cualquiera que sea mi dolor, este paso, lo dicta mi conducta.

Henrique. No llores mamá.. no llores...

Emma. Querido hijo !... oh !.. si... tu serás feliz asi lo espero... pero en cuanto yo siempre lloraré... Betzy ! Betzy !

ESCENA X.

EMMA, BETZY, HENRIQUE.

Betzy. Aqui estoy señora... Oh ! Dios mio ! que es eso... como vuestros ojos están llenos de lágrigrimas.

Emma. Betzy, dadme lo necesario para escribir ; allí lo encontrareis.

Betzy. Sobre la mesa, no es verdad mi señora ?

Emma. (*aparte*) El Duque va á quedar bien sorprendido... dichoso él ! no espera sin duda tal felicidad !

Betzy. Aqui está lo que habeis pedido.

Emma. Está bien. Entretanto id á decir que se arregle mi coche y disponeos á salir. Vos conducireis á mi hijo en casa del Duque de Richemont.

Betzy. En casa su padre.

Emma. Si.

Betzy. (*aparte*) En verdad que desearia saber la causa de este misterio. (*vase*)

Emma. (*tomando una pluma*) Dios mio ! dadme valor ! (*escribe,*) Milord la situacion mas horrible es cuando el corazon se halla desgarrado por dos afecciones y dos deberes ; tal es la situacion en que me encuentro. Mi esposo y mi hijo no pueden habitar en un mismo albergue, En cuanto á mi ya no espero mejor dicha; mas el interés de mi hijo debe ser ante todo consultado. Y asi en adelante os lo dejo confiado á vuestro amor paternal, no os recomiendo el aprecio que debeis profesarle... solo si habladle por favor alguna vez de su madre que no sabe si le será permitido ver á su hijo !.. (*llora.*)

Henrique. Aun lloras mamá...

Betzy. (*volviendo*) El coche está preparado cuando mi señora guste, estoy pronta.

Emma. Que momento Dios mio ! (*abraza á su hijo*) á Dios... á Dios... hijo mio.

Henrique. Como... me dices á Dios !... pero volveré no es verdad ?

Emma. No... te quedarás en casa tu padre.

Betzy. Qué ! señora... es posible...

Emma. Es preciso Betzy.

Henrique. (*echándose á los pies de Emma.*) Oh ! mamá no me deseches, te lo suplico, no me abandones.

Emma. Querido hijo (*abrazandole*) Betzy... por favor... por piedad... llevaoslo. (*Betzy toma á Henrique por la mano é intenta llevársalo*)

Henrique. No no... yo no quiero dejar á mamá.

Emma. Dios mio... que sacrificio.

Henrique. Mamá ! mamá !

(*Betzy arrastra á Henrique : Emma deja caer su cabeza que oculta entre sus manos.*)

ACTO III.

Casa del Duque; se vén hermosos jardines ; á la izquierda un pavellon... Es necesario haya algunas gradas para entrar en él. En frente del público una ventana , en frente varios árboles. Al foro un muro con una pequeña puerta.

ESCENA PRIMERA.

El Duque , Smith.

(*El duque sentado dentro el pabellon ecsamina varios papeles. Smith se halla en el jardin cerrando un cofrecillo de camino.*)

Duque. Aquí están mis papeles todo lo que me es necesario. Mañana al amanecer voy á salir... Smith haz que todo quede corriente para mi viage.

Smith. Todo está preparado , Milord... Oh ! no he olvidado nada... El jóven milord acompaña á su gracia ?

Duque. Mi hijo ?.. oh ! si yo le tendré á mi lado en Francia. Despues de seis meses que su madre me lo ha dejado , sentiria demasiado la dicha de ser padre si tuviese de separarme de él. Oh ! no , yo no le abandonaré nunca !.. pero su madre... que sacrificio !.. y cuantas lágrimas le costará.

Un criado. (*dirijiéndose hácia el pabellon*) Una carta para milord.

Duque. (*abriendo la carta*) De mistriss Vilmore, está bien ; voy á responder que se aguarde un poco. (*vase el criado*) Puede que me escriba... « veamos (*lee*) «Milord os he en viado á mi hijo « imponiendome un cruel sacrificio privandome « de la vista de este niño , mi valor me abando- « na , mi ecsistencia se debilita , un abrazo de « mi hijo puede solo volverme á la vida; milord « apresuraos puesde de jarmelo , y esta tarde sin « falta os lo prometo devolver» Pobre muger, conozco demasiado su dolor... bien desearia complacerla... mas ella cree que yo ignoro todo lo que ha pasado.. pero es preciso sacarle del error.. (*toma una pluma y escribe*) Mistriss , confieso que he quedado admirado de vuestro ruego. Y bien podeis conocer que es del todo punto imposible que mi hijo vuelva en una casa donde ha recibido una afrenta que recae sobre vos y sobre mi... afrenta que su sinceridad no ocultará jamás , mi casa os está abierta á toda hora para venir á abrazar á vuestro hijo; mas venid sola porque no respondo de nadie mas que de vos. (*cierra la carta y sale del pavellon*) Smith haz venir á la persona que aguarda la respuesta para mistriss Vilmore.

Smith. Allá voy milord. (*vase*)

Duque. Desea ver á su hijo... pobre madre ! esto es lo que su pensamiento le debe ocupar todos los instantes... mas quien puede impedirle de venir aqui ? ¿ Será tan bárbaro sir Arturo para prohibirlo ?

ESCENA II.

El Duque , Betzy , Smith.

Duque. Que veo ! sois vos Betzy.

Betzy. Si , milord.... Soy yo que vengo de parte de mi señora para suplicaros la dejeis por algunos instantes á lo que tiene de mas aprecio en el

mundo.... Ah ! si vieseis á mi señora cuanto ha cambiado despues de seis meses que ha estado privada de este niño ! Pobre muger , todas las horas , todos los momentos pasa en gemir y llorar... pero necesita ocultar sus lágrimas , de la vista de su esposo , por temor de causarle el mas mínimo disgusto.

Duque. Y bien porque mistriss Vilmore no ha venido en persona aqui...

Betzy. Mi Señora venir á vuestra casa... oh ! milord... bien lo hubiera deseado ; mas esto era del todo imposible... infeliz si se hubiese descubierto... olvidais que su marido está celoso de vos... he aqui el motivo...

Duque. Celoso de mi !.. Sir Arturo se atreve á sospechar de la virtud de su Esposa... de esta muger cuya conducta fué siempre tan pura ? Ah ! no , esto es imposible. Betzy !

Betzy. Oh ! si... Sir Arturo es celoso como un tigre y continuamente está apasionado de su muger... Ah ! Dios mio... ya hay mugeres que se creen no ser muy amadas de sus maridos !.. pero no obstante tienen lo que desean !.. mas esto es un infierno... un suplicio ser amada de esta manera. Habladme de un buen marido que os deje hácer lo que quereis y que jamas no se inquiete. Esto es lo que yo llamo amor.

Duque. Betzy aqui teneis mi respuesta para vuestra Señora.

Betzy. Una carta , como milord... no me dejais el niño ?..

Duque. Imposible , mi hijo no volverá jamas en casa de sir Arturo.

Betzy. Dios mio... Que vá á pensar mi pobre señora ?... Hace mas de un mes que la infeliz viene casi cada dia á mirar las ventanas de esta casa esperando la salida de su hijo , entonces se oculta basta que puede descubrirlo al traves de los vidrios de vuestro carruaje oh ! entonces ella es dichosa vuelve menos triste y todo el dia

me habla de su paqueño Henrique, y no quereis ni por una hora dejarlo á su lado... Ah! milord... no me lo rehuseis... os lo pido de rodillas por una madre que moriria si no pudiese abrazar à su hijo.

Duque. Betzy... levantaos... credme, lo que pedís, me es imposible concederlo, ni me atreveré hacerlo... Os lo repito... mi hijo no volverá en casa de sir Arturo, si mistriss Vilmore desea verle, que venga... mas en ese caso que se apresure... pues mañana à la salida del astro del dia, parto para Francia con mi hijo Henrique.

Betzy. Os vais á Francia, con vuestro hijo?.. y será por mucho tiempo.

Duque. Intereses importantes son la causa de que deje la Inglaterra por algun tiempo.

Betzy. Oh! Que es lo que debe hacer mi Señora... ella no dejarà partir à su hijo, sin que antes un abrazo no le haya recompensado un sufrir continuo.

Duque. Escuchad Betzy ya que mistriss Vilmore teme ser vista en mi palacio le direis que venga en esta arboleda, donde podrà entrar por esta pequeña puerta, cuya llave podreis llevaros; de esta manera no tendrá ni siquiera que asomarse en el palacio... aqui en este mismo lugar encontrará á Smith quien se apresurará en ir á buscar á mi hijo y en conducirlo en este pavellon, donde podrá estarse solo con su madre.

Betzy. Basta milord, de este modo no dudo lo esceptará... pero la hora pasa y voy pronto á contarlo todo á Milady... vuestra servidora... monseñor Smith yo os asaludo (*sale por la puertacita del foro*)

Duque. Espero que Emma quedará satisfecha... Por otra parte yo creo que Betzy pondere mucho los celos de Sir Arturo... No! es posible que al menos yo se le impediré.. en todos tiempos Emma lo ha preferido... Si ella se desposó conmigo, no fué otro su objeto, sino para salvar á su padre... mas su corazon fué siempre de Arturo... y este hombre sospechará una traicion por su parte... no, esto es imposible.

ESCENA III.

El Duque, Henrique, Smith.

Henrique. (*dirigiéndose hácia su padre*) Papá... papá... es verdad que nos vamos á poner en camino; todos los criados me lo han dicho.

Duque. Si querido Henrique... mañana parto para Francia y tu te vendrás conmigo si no te sabe mal.

Henrique. Oh! no... mas yo desearia saber si mamá vendrá tambien.

Duque. No! esto no... mas esta tarde creo verás á mamá....

Henrique Oh! que dicha... abrazaré á mamá... hace mucho tiempo que deseaba verla.

Duque. Esta tarde le harás un regalo, de que quedará muy contenta.

Henrique. Oh! si... en verdad que me aburria de dejarme retratar.. mas he tomado paciencia porque me han dicho que era por mamá.

Duque. Desgraciadamente era ya tarde cuando me ha sobrevenido este pensamiento... Sin embargo, el pintor me ha prometido tenerlo terminado; Smith está concluido el retrato de mi hijo?

Smith. No milord... el retratista me ha encargado os dijese que queria retocarlo por hacerlo mas admirable aun... necesita por este medio mirar por otra vez al Señor Henrique.

Duque. Mas de todos modos conviene que quede terminado esta tarde... hijo mio apresuremos á ir en casa del artista á fin de que pueda mirarte á su sabor... Vos, Smith os quedareis

aqui y si por casualidad Mistriss Vilmore viniese antes que nosotros le rogareis que tenga la bondad de aguardar un momento en este pavellon.

Smith. Esta bien milord.

Duque. Vamonos amigo mio. (*vase con su hijo*)

ESCENA IV.

SMITH, *solo.*

Oh ! todo está preparado para el viage... Sin duda vamos á irnos bien pronto á Francia... á Paris... soy muy curioso de ver aquella célebre ciudad... sus paseos, sus edificios... sin embargo creo que en Francia, las calles son mas limpias que en Londres. Ya se acerca la noche... hola Jaime (*llega un criado*) necesito luces en este pavellon... no quiero que se aguarde en la obscuridad... Pobre muger... yo la amaba mucho, cuando era la esposa de mi Señor... y yo la amo tambien despues de serlo.... (*A Jaime que lleva dos lumbres y cierra la ventana del pavellon*) bien está.

Jaime. Smith no venis á comer ?

Smith. No... yo me quedo aqui... podeis retiraros (*Jaime se va*) Milord ha mandado que me quedáse aqui, y Smith jamas faltará á su deber... Oh! me parece haber oido abrir la puerta... Si... no me engaño.

ESCENA V.

SMITH, EMMA. (*es de noche*)

Emma entra vestida con un sencillo trage, de su gorro pende un velo, que le cubre todo el rostro, cierra la puerta despues de haber pasado.

Emma. Ya estoy en su casa... Ah ! toda tiemblo... nunca hubiera creido tener bastante fuerza para llegar... adelantémonos... mas apercibo un hombre... quien será....

Smmith. Vos por aqui mila... mistriss aqui teneis á Smith que os esperaba en estos jardines por órden de milord.

Emma. Ah ! sois vos Smith... y bien decidme donde está mi hijo ? yo no le veo por aqui.

Smith. Henrique ha salido con su padre, pero van á volver muy pronto... y si mila... mistriss quiere tomar la bondad de aguardar un poco en este pabellon....

Emma. Mi hijo se ha ido... como, no sabia que yo tenia que venir?

Smith Era preciso... tenia que ir á casa del pintor, por su retrato que ha mandado hacer para vos.

Emma. Su retrato....

Smith. Sí... era una sorpresa que os queria hacer à la última hora sin que vos supierais nada.

Emma. Ah !... que placer será para mi esto !... voy á esperar en este pavellon... No obstante si vos os tomareis la molestia de avisarle que lo espero aqui tal vez volverá mas presto... ah ! id por favor os lo suplico.

Smith. Voy pronto... debo obedecer las órdenes de milady... mistriss. (*saluda y vase*)

ESCENA VI.

EMMA, *sola.*

Voy á verle... despues de seis meses... Oh ! y cuantos peligros no he debido arrostrar para venir aqui... desde que he sabido la fatal noticia, de que mañana parte para Francia... yo moriré si no puedo volverle à ver... y no obstante cuando pienso que me hallo en casa del Duque de Richemont... Dios mio !... si Arturo lo

supiese... Mas que digo... es acaso un crimen venir á abrazar à mi hijo... á mi hijo que tal vez no volveré á ver de mucho tiempo... mas las injustas sospechas de Arturo me han obligado á ocultar esta partida... pero no sabrà nada... he salido furtivamente y no ha podido verme cuando abria la puerta. (*En este momento Arturo parece sobre el muro que traspasa con precaucion.*) Creo oir?... no me engaño entremos en este pavellon y esperemos la llegada de mi hijo. (*Entra en el pavellon y cierra la puerta pero sin cerrarla enteramente ; como la ventana que está frente al público está cerrada no se puede descubrir nada en el interior del pavellon y solamente se ve brillar una luz*)

ESCENA VII.

ARTURO, *solo.*

(*Va abrigado en una grande capa. Baja en el jardin y se acerca poco á poco.*) Ya estoy en el jardin... este maldito criado que vaga por aqui me ha impedido llegar tan pronto como ella... mas yo sabré hallarla... Pérfida Emma..bien segura estabas de no ser seguida... ella poseia una llave de esta puerta !... Dudaré por mas tiempo de su culpable correspondencia con el Duque ?... tantos arcanos, venir sola y de noche será todo por ver á su hijo ?... oh ! no... los sentimientos virtuosos no se ocultan !... no han temido que vendria un dia que todo seria descubierto... Emma me ha hecho traicion... ella viene en casa del padre de su hijo... mas yo sabré vengarme ! (*se vuelve*) Ah ! ya hay luz en este pavellon... alli estarán sin duda... (*se acerca poco á poco y mira en la puerta.*) Ya la veo... sola... oh !... su hijo no está con ella... tenia bastante razon muger indigna !... ella espera , mas

yo voy á esperar tambien... é infeliz... infeliz de tí , si no has venido para ver á tu hijo !... Cerremos bien esta puerta á fin de que no pueda salir de aqui... (*cierra la puerta del pavellon*) Ahora... voy á saber quien es la persona que aguarda en este sitio apartado de esta casa... Ah !... mucho tarda !... mas alguien viene... Oh ! rabia...e ste no es hijo.

ESCENA VIII.

ARTURO, EL DUQUE.

Duque. Ella debe fastidiarse de tanto esperar....
Arturo. (*aparte*) Es el Duque.
Duque. Voy á proponerle de hacerla conducir en casa del pintor ; alli almenos podrá verle. (*se derije hácia el pavellon Arturo le detiene.*)
Arturo. Un instante milord.
Duque. Quien sois vos ?
Arturo. Soy uno. que bien cierto no pensabais encontrar aqui sin duda.
Duque. Que , sois vos ?... Sir Arturo.
Arturo. (*con fuerza pero á media voz*) Sí... Sir Arturo... que viene á vengar su honor ultrajado....
Duque. Qué !... vos osais sospechar ?...
Arturo. Ah ! me negareis aun que mistriss Vilmore viene secretamente á vuestra casa ?...
Duque. Y desde cuando está prohibido á una madre ir á ver à su hijo porque su marido está zeloso de su amor paternal.
Arturo. Oh ! no... esto no me lo hareis creer y aun cuando todo el universo me lo jurára ; jamas pensaria de que Emma ha venido aqui por su hijo.
Duque. No obstante podeis creer ?...
Arturo. Sí... lo creo porque estoy bien seguro de que Emma en todos tiempos os ha preferido á mi... y con todas las razones no bastarán para

creer que Emma me ha amado un solo instante... Soy desgraciado, lo se... y esta misma desgracia me impelen á la venganza... Y aunque esto no fuera asi, solo lo pasado basta para que no podamos vivir ambos bajo un mismo cielo... los favores de una muger adorada son como estos grandes secretos que dos personas no pueden poseer. Y por otra parte Emma es culpable y ahora no duda ya mas....

Duque. Ah ! vos sois tan injusto como ingrato... Vos calumniais la virtud, mas pura; he creido hacer la dicha de Emma dejandola seguir su inclinacion, pero veo bien que me he engañado... mas feliz hubiera sido de mi amor, que no ha sido de vuestra pasion sin regla ni freno.

Arturo. Milord rehusais darme satisfaccion.

Duque. Quien os dice eso caballero... quien os dice que yo no os la pediré... Antes he debido justificar vuestra muger... mas rehusar un combate con vos... ah! no me queda sino un pesar que es el no haber admitido el primero. Por mucho tiempo he tenido que devorar una terrible venganza... yo la he sacrificado á una muger, conociendo mejor que vos vuestra afeccion... mas os doy las gracias por haber me hecho dueño de mis acciones... Sir Arturo vos sin duda no veis en mi la cicatriz del golpe que mi hijo ha recibido de vuestras manos; golpe que no se borrará jamas del corazon de un padre... Yo os pido ahora en este momento satisfaccion.... y no os burleis mas de mi piedad.... pues toda vuestra sangre no bastará para lavar el insulto hecho á mi hijo.

Arturo. Ah!... en fin acabemos de una vez.... ya traigo dos armas. (*le presenta dos pistolas*) Ved aqui dos pistolas... una sola de ellas está cargada... cada uno apuntará la suya al pecho de su contrario... Este combate os conviene?

Duque. Sí, pues el cielo debe vengar á mi hijo.

Arturo. Escojed.

(*El duque toma una de las pistolas*)

Emma. (*Abriendo la ventana del pavellon*) me parece haber oido hablar... que miro... dos hombres... (*Arturo y el duque se ponen uno delante del otro, apunta cada uno la pistola en el pecho de su contrario, hacen fuego juntos y Arturo cae.*)

Emma. Ah! desdichada de mi... (*va á salir*) cerrada... socorro! socorro!....

(*A los gritos de Emma dos criados comparecen con luces, Smith abre el pavellon Emma corre hácia Arturo y se arroja á sus pies. Henrique llega y se dirige á su padre.*)

Emma. Arturo!... Arturo!... Oh! Dios mio! Dios mio!... el muere!...

Arturo. (*Tendiendo la mano á Emma*) Emma no lloreis mi pérdida, yo no podia soportar la idea de que habiais sido de otro; esto era por mi un horrible tormento, una larga agonía... la muerte me libra de todo... Emma... Emma... júrame que jamàs otro... ah! á Dios!...(*espira*)

Emma. Ah! ya no me habla....

Duque. Señora... mi mano acaba de privaros de un esposo... mas yo os dejo á vuestro hijo... pues él no os abandonará ya mas!... (*El duque pone su hijo en los brazos de su madre.*

LLibreria
S. i LL.